

Poquita fe (Farsa en dos jornadas y un proceso) [fragmento]

ADAM GUEVARA

Esta obra se estreno en el "Teatro de Cámara" de la Universidad Autónoma del Estado de México el 19 de agosto de 1994, con el siguiente reparto:

- *Casimira*: CLEMENTINA GUADARRAMA; *Juan*: NOÉ HERNÁNDEZ; *Estela*: BLANCA LILIA REYES; *Soledad*: GABRIELA CASTILLO; *Ramiro*: ANTONIO FLORES; *Marcial*: HELEODORO ADAME C.; *Sergio*: DANIEL CAMPIRÁN; *Amalia*: OLIVIA SAYAVEDRA; *Agente I*: ARTURO MORENO; *Agente II*: GUADALUPE AYALA; *Patricia*: BERNARDA CARMONA
- *Alex*: JUAN CARLOS EMBRIZ; *Cynthia*: LUZ MA. RENDÓN; *Danilo*: ARTURO MORENO; *Valeria*: GUADALUPE AYALA; *Gloria*: CLEMENTINA GUADARRAMA; *Bruno*: NOÉ HERNÁNDEZ
- *Manipulación de muñecos*: OLIVIA SAYAVEDRA; LUZ MA. RENDÓN; HELEODORO ADAME C.; CLEMENTINA GUADARRAMA; ARTURO MORENO; DANIEL CAMPIRÁN. *La voz*: ANTONIO FLORES.
- *Apoyo Técnico*: NORMA AZUCENA ADAME; ALEJANDRO FLORES. *Pintura Escénica*: SERGIO MANDUJANO
- *Iluminación*: MARIO MENDOZA. *Escenografía*: ANNA IRENE MENESES
- *Dirección*: ADAM GUEVARA

I. La montaña

Es la media noche del último día del año de 1993.

Cuando Anna Irene Meneses me propuso usar para esta escena un telón de fondo con el rostro de Emiliano Zapata, la idea me pareció excelente. La montaña que yo quería no era una montaña cualquiera; era la montaña chiapaneca del primero de enero, era la presencia inquietante del movimiento zapatista. No imaginaba entonces que esto no iba a quedar como un acuerdo entre la escenografía y el director. La mirada

ADAM GUEVARA (México, 1941). Actor, director, escenógrafo, profesor y escritor. En 1979 realizó el montaje de *La Mudanza*, de Vicente Leñero, la cual obtiene los premios de la AMCT y de la UCCT como la mejor obra del año. En 1991 dirige la versión para teatro de *Rojo Amanecer*, de Javier Robles, y obtiene el Premio "Claridades" como el mejor director del año. En 1988 escribe y lleva a la escena *Me enseñaste a querer*, por la que la UCCT le otorga el premio "Julio

Bracho", como la mejor obra de teatro de búsqueda. **Obras:** *Me enseñaste a querer*, 1988; *Lunes rojo*, 1990; *¿Que si me duele? Si...* (Alegoría en dos partes), 1991; *¡¡Suave...!! patria*, 1992; *Me acordaré de agosto*, 1993; *Poquita fe* (Farsa en dos jornadas y un proceso), 1994. Próximamente serán editadas sus Obras Completas por el Departamento Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México. Actualmente se presenta en cartelera su última obra: *Mi Ángel de la Guarda*, en Toluca.

inquisidora de Emiliano Zapata se fue abriendo paso a lo largo de toda la obra hasta integrarse como un personaje más; sin darme cuenta, me apropié de él hasta que se convirtió en parte indispensable de esta obra. Así, me veo obligado a escribir la siguiente acotación:

Al fondo, ocupando todo el espacio, un telón pintado en tonalidades ocre (tierras), en el que se distingue el rostro de Emiliano Zapata. Éste no debe ser obvio, estará sugerido, fundido con el fondo en las mismas tonalidades. El rostro no se ve completo, está cortado en la parte superior por encima de las cejas y abajo, pegado al piso, al límite del bigote; no hay líneas que recorten el contorno de la cara, lo importante son los ojos casi flotando en este fondo oscuro. Por lógica y dependiendo de las proporciones del escenario, el rostro estará cargado hacia un extremo; éste será el lado derecho del espectador. Independientemente de los otros elementos escenográficos que se usen en el transcurso de la obra, el telón estará ahí, siempre visible, aun en el caso del departamento de Alex. Se buscará la forma de que los enormes ojos de Zapata estén presentes observando siempre como un testigo inevitable de todo lo que ahí suceda.

Entran al escenario un hombre y una mujer de rasgos indígenas. Visten como ladinos aunque conservan vestigios de su vestimenta indígena. Él la lleva cargada sobre su espalda. De su hombro cuelga una gastada mochila de excursionista.

Juan: *(Deteniéndose)* ¿Pa' cá o pa' llá?

Casimira: Deja ver. . . 'pérate, bájame, quiero ver las estrellas. *(Él se agacha para permitirle bajar)* Deja veo. . . allá, no. . . *(Camina un poco tratando de orientarse por el cielo. Apoya con dificultad un pie)* es para acá. . .

Juan: No camines, hombre, te vas a lastimar. Siéntate, luego miras.

Casimira: *(Accede a sentarse ayudada por él)* Ya hemos de andar cerca. *(Escudriña el cielo mientras él saca de la mochila una botella de aguardiente. Se acerca a ella e intenta quitarle el huarache)* ¡No, 'state! Si nomás fue una espinita.

Juan: Se te puede infectar, esas espigas son muy enconosas.

Casimira: Que no. . .

Juan: ¡'Pérate! *(Le sujeta el pie)*

Casimira: Mira, por allá por donde está esa estrella, por allá debe ser el epicentro. ¡Ay. . . ! *(Doliéndose por el alcohol que le ha echado en la herida)*

Juan: Ya. . . nomás te amarro un trapo. *(Busca en su mochila)*

Casimira: No, no, así nada más, si ya casi llegamos.

Juan: Eso vienes diciendo desde que salimos, y yo sigo sin entender nada. "Agarra tus cosas que nos vamos, que hay que ir a verlo" y. . . ahí vengo como burro ciego nomás siguiéndote y siguiendo la tal estrella esa, no sé para qué ni nada que llegamos a ningún lado. *(Rasga un pedazo de tela).*

Casimira: Es que nunca había venido sola; siempre con mi abuelo y, el decía que siguiendo la estrella esa llegabas al epicentro.

Juan: *(Tomándole el pie para vendarla)* ¿Y qué cosa es eso del "epicentro"?

Casimira: Noo. . .

Juan: ¡Estate quieta, hombre!

Casimira: *(Mientras la venda)* Decía mi abuelo que el epicentro es el lugar en el que ocurren las cosas primeramente, donde se genera todo y, que ya de ahí se extienden pa' todos lados. Siempre hay que ir al moyocollo de las cosas, decía, adonde está la raíz. Por eso tenemos que ir allá, para verlo.

Juan: No comprendo, bueno a ti sí, de lo terca que eres. Pero todavía no entiendo que es lo que quieres ver.

Casimira: Eso que dijeron que iba a pasar hoy. La dichosa entrada esa que han estado anunciando.

Juan: ¿Qué. . . ?

Casimira: ¿No dijeron que hoy, bueno el primer día del año, entraba en vigor el te ele ese?

Juan: ¿El TLC? ¿Era eso?

Casimira: Si pues, el te. . . el ese. . .

Juan: *(Desconcertado. No sabe si reír o enojarse)* Es que. . . ¡Es que eso no puedes verlo!

Casimira: ¿Por qué no?

¿Qué está prohibido?

Juan: No, no es eso. . .

Casimira: ¿O nada más para mí? *(Silencio)* ¿Es eso Juan?

¿Para nosotros está prohibido?

Juan: No. *(La mira. No sabe cómo explicarle)* Mira. . .

Casimira: Dime la verdad

Juan. No me trates como niña chiquita. Dime la verdad aunque me duela.

Juan: Es que eso, es algo que nadie va a poder ver.

Nadie puede verlo.

Casimira: ¿Por qué Juan?

Tanto tiempo jode y jode con que entra con que no entra y 'ora que por fin va a entrar nadie puede verlo.

¿Por qué?

Juan: *(Molesto)* ¡¿Qué es lo que quieres verle pues?!
Casimira: Los efectos, los



efectos Juan, eso quiero ver.

Juan: ¿Cuáles efectos?

Casimira: ¡Los beneficios, los efectos beneficiosos que va a traer!

Juan: Yo no sé qué mosca te picó con eso de los efectos. . .

Casimira: ¡Ellos lo dijeron; que esto era algo nuevo, algo que nos iba a cambiar las vidas y, si es algo tan fuerte que nos ha de cambiar la vida, tiene que verse, o no?

Juan: Según tú, ¿qué es lo que piensas que va a pasar?

Casimira: No sé. . . pero algo tiene que pasar; va a haber un cambio, ellos dijeron que esta era la hora del cambio.

Juan: ¡Nunca cambia nada, lo sabes! Siempre te están diciendo lo mismo y nunca cambia nada. Yo ya estoy harto de que me vean la cara de su tarugo. ¡Puras mentiras! Que ahora sí con este programa las cosas van a cambiar, que no, que este programa es mejor, que con las reformas que se le hicieron al otro programa van a ver que sí, y ahí te traen como badajo de campana; porque estos tienen más programas que una estación de radio. *(Pausa)* Vámonos pa' la casa.

Casimira: No, Juan. *(Se acerca y le hace un cariño)* Vas a ver que ahora sí las cosas van a ser diferentes.

Juan: ¿Cómo puedes saber eso?

Casimira: Porque lo siento. Porque algo me dice que allá va a pasarnos algo que nos cambiará la suerte; a mí, a tí, a todos.

Juan: ¿Y si no?

Casimira: Pero si lo han dicho; lo han estado diciendo en todos lados, si hasta en la televisión lo dicen es que algo va a pasar.

Juan: *(Se levanta molesto, da unos pasos y arroja algo que trae en la mano)* ¡Carajo!

Casimira: ¿Qué pasa?

Juan: ¡Que me da harta muina que seas tan. . . zonza! ¡Lo dijeron en la tele! ¿Y. . .?

Casimira: Entonces. ¿No es cierto Juan? ¿No va a entrar?

Juan: *(La mira con infinita tristeza. No tiene nada mejor que ofrecerle)* ¡Si va a entrar hombre! Pues cómo no

va a entrar si ya lo firmaron todos. Pero estamos perdiendo un tiempo que pudimos aprovechar en otras cosas, dinero que no tenemos. Así nunca vamos a juntar para la tiendita esa.

Casimira: Por eso precisamente. ¿No entiendes? Vamos allá, vemos la entrada, el cambio, inmediatamente nos regresamos al pueblo y echamos a andar los sueños; la tiendita y... el hijo que quieres tener.

Juan: El niño puede nacer de todos modos...

Casimira: No, no, no, tiene que ser en el tiempo indicado. Después del cambio, para que goce de los beneficios.

Juan: ¿Que te crees que los beneficios van a estar ahí regados para que todo mundo tome su cacho?

Casimira: No pues, ni que fuera piñata, si no soy tan... zonza. Pero yo quiero verlos.

Juan: *(Ante la persistencia de su mujer, opta por reír)*

Tú estás peor que la matapiño. ¡Que los efectos esos de los que hablan van a llegar después! Si llegan.

Casimira: No, ya no hay después, ya no. Tiene que ser ahora; yo tengo que verlos, tocarlos con mis manos, así, como toco la tierra.

Juan: ¿Cómo vas a tocar algo que no es... real, concreto?

Casimira: *(Lo mira inquieta, aferrándose)* Yo... no pido mucho. Algo, cualquier cosa que me haga saber que no nos han estado engañando. Porque... si no pasa algo que yo pueda ver o sentir, y ahora... la vida ya no tiene sentido. Mira, *(Recoge algo del suelo)* mira esta piedra ¿ves? es diferente. Conforme hemos venido caminando han ido cambiando de color, la tierra es diferente.

Juan: *(Tenso, acaricia su cabeza)* En todos los pueblos la tierra es diferente, y no es por el color, es diferente; por eso te duele tanto cuando te la quitan. *(Largo silencio)*

Casimira: ¿Sabes qué quisiera Juan? Antes de morirme... que una, una sola cosa, óyelo bien, una sola cosa de las que nos ha ofrecido el gobierno, me la cumplieran, verla. Eso es lo que me pasa; por eso voy allá, por eso quiero estar ahí antes de las doce. Cuando llegue el primer minuto del año yo quiero estar ahí, ser testigo de que entró, ver los efectos, sentirlos. ¿Me

entiendes?

Juan: *(Muy bajo)* Sí.

Casimira: Es... es solo un poco de esperanza. Poder contarles a los hijos, a los nietos: "Yo estaba ahí cuando entró, yo lo ví."

Juan: Para eso no teníamos que haber caminado tanto; en cualquier lugar podíamos haber esperado el primer minuto del año y recoger la esperanza. De todos modos no va a pasar nada, va a ser igual que las otras veces.

Casimira: Las otras veces no hemos estado allá, por eso no nos ha alcanzado el cambio.

Juan: *(La mira por un momento)* Está bien, vamos.

Casimira: Si no me quieres acompañar...

Juan: Sí quiero... bueno no, no quiero pero voy; adonde tú vayas yo voy, lo sabes.

Casimira: Yo puedo ir sola. Yo voy por los dos si quieres pero, no te enojas conmigo. Hicimos este viaje para encontrar el cambio, para estar mejor, si tú no quieres...

Juan: ¡Sí quiero hombre! ¿Cómo no voy a querer? ¿Cómo te voy a dejar ir sola? *(Recoge sus cosas y carga su mochila)*

Casimira: ¿Te imaginas que de pronto sucediera algo que lo cambiara todo, que quitara tanta piedra del camino? Siempre nos andamos tropezando.

Juan: Siempre.

Casimira: A lo mejor cambia hasta el color de las cosas y nos devuelven la tierra.

Juan: No alimentos sueños.

Casimira: ¡A lo mejor amanece diferente; la gente con trabajo, las casas con comida...!

Juan: *(Se inclina dándole la espalda)* Anda, súbete.

Casimira: No, ya puedo caminar.

Juan: No puedes, tienes hinchado eso.

Casimira: Tú estás cansado, además ya falta poco.

Juan: ¡No seas necia, súbete!

Casimira: Bueno, pero llegando allá me bajas; yo tengo que llegar caminando.

Juan: *(Con ella a cuestas)* ¿Para dónde? ¿Pa'llá o pa'cá?

Casimira: ¡Para allá hombre! ¿No te estoy diciendo que es allá, donde brilla esa estrella?

Juan: 'ta bueno pues. *(Saliendo)* Allá voy, no sé por qué, pero voy.

Casimira se abraza cariñosa a su cuello. Salen por el fondo mientras se escucha una música. Hay un sutil cambio de atmósfera, fuera del escenario se escuchan risas. Son risas femeninas. Unos segundos después entra Estela, llega corriendo.

Estela: ¡Te gané! *(Se tira al piso y se duele de una pierna. Tras ella, cargando sobre su espalda una*

mochila y equipo para acampar, entra Soledad, ambas usan ropa adecuada para el frío)

Soledad: Tramposa.

Estela: ¡Ay, no puedo más!

Soledad: Qué bueno, porque no pienso moverme de aquí ni un centímetro. Toma tus instrumentos. (*Le entrega un maletín que trae en la mano; se quita la pesada mochila*)

Estela: Gracias. (*Recoge algo del piso y lo mira con curiosidad*) Oye, ya habíamos pasado por aquí. . .

Soledad: ¿Cómo lo sabes?

Estela: Tengo mis secretos.

Soledad: ¿Te lo dijeron tus voces espaciales?

Estela: No.

Soledad: Entonces, ¿cómo puedes estar tan segura?

Estela: Porque no creo que mucha gente de por aquí fume de los mismos cigarros que tú. (*Le muestra una colilla*) Fue aquí donde te regañe por tirar cigarros prendidos.

Soledad: ¿Volvimos al mismo sitio? Esto es increíble.

Estela: ¡Esto es una señal! ¡Habría una sola posibilidad entre un millón, de volver al mismo sitio en un lugar como éste. Si lo hicimos, quiere decir que fuimos llamadas!

Soledad: ¡Quiere decir que estamos perdidas dando vueltas sobre un mismo sitio! No significa otra cosa.

Estela: ¿No entiendes? ¡Hemos sido elegidas!

Soledad: ¿Elegidas? ¿Para qué?

Estela: No nos perdimos. . .

Soledad: ¡Ah, no?

Estela: Hemos sido conducidas por una fuerza superior a un lugar de privilegio, seguramente a un encuentro cercano. (*Se apresura a sacar de su maletín una serie de objetos rituales con los que comienza a trabajar*)

Soledad: (*Se sienta cansada. Enciende un cigarro y se recuesta sobre la mochila. Observa con curiosidad y agrado a Estela, quien extiende sobre el suelo una tela sobre la que se ve estampado un triángulo encerrado en un círculo y rodeado por diversos símbolos*) No sé quién de las dos está más loca. Tú, por creer en historias de marcianos, o yo, por seguirte hasta acá en un día como hoy. ¿Qué hacemos tú y yo el último día del año en un lugar como éste, solas en medio de la noche?

Estela: Esperar el gran acontecimiento.

Soledad: ¿De veras crees que va a pasar algo?

Estela: Sí. . . (*Acomoda unas monedas sobre el tapete, luego observa el cielo*)

Soledad: ¿Por qué hoy? Podrían bajar cualquier otro día.

Estela: No, las cosas no se dan por que sí. Necesitan conjugar muchos elementos para que se dé un

acontecimiento como éste. El día de hoy, las condiciones están dadas.

Soledad: De no ser porque todo el mundo está entretenido festejando. . .

Estela: (*Mientras manipula libros, mapas astrales, monedas y demás objetos*) También. También eso influye. Podrán descender sin ser vistos. Pero yo hablo de otras condiciones, las que se han venido gestando durante largos años en los que nadie ha querido entender. (*Al fondo como una aparición se ilumina tenuemente el rostro de Zapata*) Por más mensajes que lanzaron para evidenciar que estaban ahí, que existen. Creyeron que con ignorarlos, con burlarse de ellos iban a desaparecer, pero se equivocaron. Hoy, todo se conjuga. Es una pena que tú tampoco lo hayas podido entender y. . . que a pesar de que estás aquí, me sienta tan sola.

Soledad: No digas eso, por favor. Es lo último que hubiera querido hacerte sentir.

Estela: Perdóname, soy egoísta, lo sé. . .

Soledad: No, no, está bien. Tienes razón. Te acompaño, estoy contigo y. . . aunque eso no importe. . .

Estela: Sí importa, entiéndeme. . .

Soledad: No es suficiente, lo sé. . .

Estela: Soy yo, es. . . esa estúpida necesidad que tengo de compartir con alguien mis pensamientos, aquello que me es más querido.

Soledad: Yo tengo la misma necesidad Estela.

Ambas buscamos lo mismo.

Estela: ¿Entonces. . . ? (*Intenta cambiar de posición. Se duele de la pierna*) Ay. . .

Soledad: ¿Te duele?

Estela: No, no es nada.

Soledad: A ver, déjame ver. ¿Te lastimaste verdad?

Estela: No fue nada.

Soledad: (*Tomándole la pierna*) No estás habituada a esto, tus piernas son. . . tan frágiles. (*Hay una pausa incómoda*).

Estela: (*Mientras se deja dar masaje por Soledad*) ¿Te acuerdas lo que dice aquel libro que te leí, de esa vez que cuentan que el cielo se abrió porque una cola de caballo pasó iluminándolo todo y que los mexicanos no se explicaban qué era aquello que dividía y partía en dos el infinito?

Soledad: (*Sonriendo*) Era un cometa.

Estela: Ahora lo dices con mucha naturalidad, pero trata de penetrar en esa sensación de espanto ante lo desconocido.

Soledad: No es fácil aceptar la idea de que de pronto se te aparezcan unos seres extraños.

Estela: No han de ser tan distintos a nosotros, si nuestro sol es tan parecido al de otras galaxias, si nuestro cielo es el mismo, ellos no pueden ser distintos, ¿no crees?

Soledad: (*Acariciando su pierna*) Yo creo en lo que veo, en lo que toco, en lo tangible y cercano. . .

Estela: (*La mira un instante retira lentamente su pierna y se levanta mirando al cielo*) De un momento a otro bajarán. No sé cómo vamos a reaccionar cuando aparezcan. Tal vez vengan armados para defenderse de nosotros que somos unas bestias. Van a llegar caminando, sigilosos y cuando nos vean van a correr. (*Ríe*) O nosotras vamos a correr, o nos vamos a desmayar. (*Pausa*) No voy a poder tomarles fotografías.

Soledad: (*Incómoda*) ¿Por qué?

Estela: Pueden pensar que es un arma.

Soledad: (*Amarga*) Hablas de ellos como si los conocieras.

Estela: No es difícil suponerlos. (*Mirando el cielo*) Mira ese mar de estrellas. No entiendo que alguien como tú pueda ser insensible ante esto.

Soledad: (*La toma por los brazos y la enfrenta*) No lo soy, pero yo vivo en la tierra y me importa lo que pasa en ella, no puedes vivir todo el tiempo en las nubes, no puedes ignorar la realidad.

Estela: (*Zafándose*) ¡La realidad! ¿Y qué me ha dado a mí la realidad? ¿Algo digno de dedicarle más tiempo que el necesario para transitar por ella? ¿Qué es lo que defiendes de ella, su vulgaridad, su miseria? La realidad es la cosa más grosera que existe; no nos queda más remedio que elevarnos por encima de ella.

Soledad: ¡La realidad está aquí, y no podemos evitarla. No hay poesía, ni música, ni experiencias espiritual o astrales capaces de sepultar lo cotidiano, lo grosero, lo injusto de nuestra realidad.

Estela: Por eso es necesario que vengan ellos, para que nos enseñen.

Soledad: ¡No. . . !

Estela: Necesitamos que alguien nos guíe. . .

Soledad: ¡No, no. . . !

Estela: Que nos ayude a tener una identidad; saber en verdad quiénes somos. . . para dónde hay que ir, qué estrella seguir, por quién vivir. (*Está acorralada, angustiada*)

Soledad: ¿Y qué vas a hacer si no llegan, cómo vas a enfrentar lo que sigue? ¿Cómo vas a emprender el regreso hacia la realidad? ¿Cómo vas a evitarme, a mí y a todo lo que hemos visto en estos días mientras

veníamos para acá?

Estela: No sé de qué hablas.

Soledad: ¡Sí lo sabes. Pretendes ignorarlo pero lo sabes: el enorme contraste que existe entre tu sueño espacial y la grosera realidad en la que vive esa gente!

Estela: ¿Por qué tienes que hablar de eso?

Soledad: ¡Porque tú te empeñas en negarlo. Porque no tienes ojos más que para las estrellas, porque tu alma está empeñada en ese altar, enredada entre signos y señales. Porque me importas tú, siempre fugándote, escapando de ti misma, negándote a ver lo que tienes frente a ti.

Estela: Sí lo veo, y también me duele. Eso que tú llamas realidad. Por eso quiero que vengan, para que nos ayuden a modificarla. ¡Necesitamos hablar con ellos!

Soledad: ¿Hablar? ¿Y de qué les vas a hablar, de tú soledad, de tú indiferencia o del miedo que tienes de saber quién eres?

Estela: (*Acorralada*) ¡De eso. Sí!

Soledad: ¡No va a venir nadie, entiéndelo! Estamos solas tú y yo, y allá abajo hay cosas mucho más importantes que venir aquí a esperar no sé qué, engañándonos una a la otra con algo que tal vez nunca llegue. (*Silencio*) ¡Todo esto es ridículo. Esta discusión!

Estela: (*Conciliadora*) No discutimos, compartimos ideas. ¿Por qué si no somos amigas? Porque somos compatibles, nuestros signos. . .

Soledad: ¡No, no somos compatibles; tú piensas una cosa, yo algo muy distinto. Es eso lo que estoy tratando de explicarte, no puedo hablar contigo; para ti cualquier asunto tiene una explicación volátil. . . Todo pretendes explicarlo con los astros, las cartas, tú libro ese de las monedas. . .

Yo soy más terrena, más carnal; me importan mis sentimientos y los tuyos, vibro con la cercanía de otra piel, tú no sabes hablar más que de ovnis.

Estela: Entonces. ¿Por qué me buscas? ¿Por qué siempre estás conmigo?

Soledad: Porque te quiero.

Estela: Yo también te quiero. . .

Soledad: No, no. . . yo no sé qué tanto entiendas lo que estoy tratando de decirte, pero una vez más no estamos hablando de lo mismo. (*Pausa. Le hace un cariño en la mano y la suelta suavemente*) Voy a caminar un poco por ahí. Avísame si aparecen. (*Sale. Estela queda quieta, pensativa, toma un mazo de cartas de tarot y comienza a*

echarlas. De pronto saca una y se detiene sorprendida. De fuera llega la voz de Soledad)

Soledad: ¡Estelaa. . . Estelaa. . . algo se mueve por allá! *(Entrando)* ¡Estela, unas luces vienen hacia acá. . .!

Estela: ¡Son ellos! ¡Son ellos! ¡Te lo dije Soledad, te lo dije! *(Soledad corre hacia su mochila)* ¿Qué vas a hacer? *(Soledad saca una pistola)* ¿Vienes armada?

Soledad: Por supuesto, no iba a venir a un lugar tan retirado esperando que me cuidara el ángel de mi guarda. *(Prepara el arma para disparar)*

Estela: ¡No, no van a hacernos nada, guarda eso!

Soledad: ¡No sabemos quiénes son ni con qué intenciones vengan! Hazte a un lado.

Estela: ¿Cómo son?

Soledad: No sé. . . no vi bien, vi unas luces que se movían, una figura alta, como con dos cabezas. . . *(Sobre ellas se proyecta la luz de una lámpara sorda, tras ella aparece Juan cargando a su Casimira)*

Juan: ¡Ey, ey, cálmese. . .!

Soledad: Ahí están. *(Apuntando hacia el exterior)* ¿Quiénes son y qué quieren? ¡Identifíquense o disparo!

Estela: ¡Baje la luz!

Juan: Baje su juguetito ese que luego se disparan.

Soledad: ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

Juan: ¿Y si yo le pregunto lo mismo?

Soledad: Me llamo Soledad. Mi amiga y yo estamos esperando algo; unos amigos que van a llegar.

Estela: *(La mira asombrada)* ¿Entonces sí lo crees?

Soledad: ¡Cállate. . .!

Juan: Nosotros vamos de paso. Me llamo Juan, y ella Casimira. *(La ayuda a bajar)*

Soledad: ¿No son de por aquí?

Juan: De un poco más allá. La Casimira quiere ver eso, eso que dicen que va a pasar hoy y. . . pues yo la llevo.

Casimira: Es que me lastimé un pie.

Estela: Yo también.

Soledad: ¿Y dónde oyó eso que dice que va a pasar hoy?

Casimira: Lo dicen en todos lados, nadie habla de otra cosa.

Estela: *(A Soledad)* ¿Ya ves que no soy la única?

Casimira: ¿Ustedes también van a verlo?

Estela: Lo estamos esperando. En cualquier momento aparecen.

Juan: ¿Aquí?

Estela: Sí, aquí, todo es propicio. Mire ese cielo.

Hay un momento de silencio, de contemplación, del que no logra sustraerse Soledad ni mucho menos Juan.

Casimira: ¡Mira Juan, mira la estrella; si hasta parece que va a reventar!

Juan: *(Jalándola)* Vámonos, si no no vamos a llegar.

Casimira: No, 'spérate. Ellas dicen que aquí se va a ver.

Juan: ¿Y qué saben ellas? Son turistas. Vámonos.

Casimira: No, si aquí se va a ver, pues aquí nos quedamos.

Juan: ¡Eso no se puede ver aquí! ¡En el campo es en el último lugar en el que se notarían!

Estela: Se equivoca usted señor. El campo es el lugar más indicado.

Juan: ¡Que no, los efectos esos no se van a ver en el campo sino hasta mucho después!

Casimira: No discutas, ella sabe.

Estela: Puedo asegurarle que de un momento a otro bajarán.

Juan: *(Con una risita burlona)* Mj. . .

Estela: Hasta es posible que yo me vaya con ellos.

Soledad: ¿Quéé. . .?



- Casimira:** ¡Usted no puede hacer eso!
- Estela:** Tal vez sea lo mejor para todos.
- Casimira:** No señorita, usted no puede irse con ellos.
- Estela:** ¿Por qué no?
- Casimira:** Porque como dice Juan, no son concretos.
- Soledad:** ¿Y usted cómo lo sabe? ¿Los ha visto?
- Casimira:** A eso venimos, a verlos, pero no son concretos.
- Estela:** ¿Tú ya has tenido contacto con ellos?
- Casimira:** ¡Que no, si ni siquiera los he visto! Pero usted no puede irse con ellos. No, uno tiene que regresar, volver allá, a su lugar de donde vino.
- Estela:** Así está escrito, regresar al origen. Lo dice el I-CHING.
- Juan:** ¿Y quién es ése?
- Soledad:** (A Casimira) Perdón señora. ¿Usted sabe de lo que ella habla?
- Casimira:** Sí.
- Juan:** Ven acá. (La aparta)
- Soledad:** (A Estela) Esa mujer está hablando de otra cosa.
- Juan:** Siéntate.
- Estela:** No. Está descontrolada nada más, le falta información.
- Juan:** Esa mujer está loca.
- Casimira:** Eso dices de mí también.
- Estela:** Está confundida, seguramente ha recibido mensajes y no logra deducirlos. Eso que dijo sobre lo concreto. . . (Se arrodilla a consultar el Ching.)
- Juan:** Tú quieres ver lo que no puede verse, que ya es mucho, pero ella está peor, se quiere ir con ellos.
- (Pausa) **Estela:** Está como la comadre Ramona, que hablaba con los ángeles y se quería ir con ellos.
- Casimira:** Ah, pero eso sí era cierto. Ellos se la llevaron.
- Juan:** ¿Cómo va a ser cierto?
- Casimira:** Nunca apareció su cuerpo.
- Juan:** Porque se ahogó en el río. Se la llevó la corriente. Mas no los ángeles.
- Casimira:** A fuerza me has de llevar las contras. (Se levanta molesta y va a sentarse frente a Soledad y Estela mirando al cielo)
- Estela:** ¡No te puedes sentar ahí!
- Casimira:** ¿Por qué no?
- Estela:** Porque ese lugar ya está ocupado.
- Casimira:** ¿A dió? Los cerros son de todos.
- Estela:** ¡Pero nosotras llegamos primero y nos estás tapando!
- Casimira:** Pos ni que fuera cine. Cuando eso entre se va a ver por todos lados.
- Estela:** ¡Entonces quítate de ahí!
- Casimira:** ¿Sabe qué? Yo me puedo sentar en cualquier lado, total, en cuanto vea lo que quiero ver me regreso a mi pueblo. Pero no me gusta que me hablen así.
- Estela:** ¡Es que ustedes no entienden de otro modo!
- Soledad:** ¡Estela, por favor!
- Juan se incorpora amenazante*
- Casimira:** ¡No Juan, está bien, yo puedo sola!
- Juan:** Hay mucho espacio. . . ches gentes, ¡hasta aquí nos han de hacer a un lado! (Va y se sienta junto a su mujer)
- Estela:** ¡Ah!, entonces ¿no se van a quitar?
- Juan y Casimira:** No.
- Estela:** Esto es el colmo. Eso le pasa a una por darles confianza, por querer tratarlos como a. . .
- Casimira:** ¡Mire ya cálese! Nosotros venimos desde muy lejos nada más para ver esto y entrar en armonía y en cambios productivos y usted me lo está echando a perder.

Soledad: *(A Estela)* Ya, no vale la pena, nos movemos nosotras y ya.

Estela: Pero ¿por qué?

Soledad: Porque ese hombre trae un machete al cinto, ¿No te has dado cuenta?

Estela: Tú tienes una pistola.

Soledad: ¿Y nos vamos a agarrar a machetazos y pistoletazos por una necesidad? No. Hay cosas mejores por las que dar la vida. Anda, mueve tu tiendita y estemos en paz. *(Lo hacen)*

Juan: *(A Casimira)* ¿Ya viste todo el tilichero ese?

Casimira: ¿No serán brujas tu?

Juan: Saabe. ¿Te acuerdas de la bruja del pueblo? *(Ríe)* Yo estaba bien chamaco cuando se empezaron a contar cosas de ella. Decían que agarraba a los niños se los llevaba a un hormiguero y...

Casimira: 'pérate... ¿No oyes?

Juan: ¿Qué cosa?

Casimira: *(Pone las manos sobre la tierra)* Alguien viene. *(Todos se alertan. Casimira pega su oreja al piso)* Es un rumor como de pasos; alguien se acerca. *(Vuelve a escuchar. Estela trata de imitarla)*

Soledad: *(A Estela)* ¿Sí se oye?

Casimira: ¡Shsss...!

Nadie se percata de la presencia de un hombre que ha entrado por el fondo. Se llama Ramiro y viene borracho. En la mano trae una botella de aguardiente y una cobija sobre los hombros

Ramiro: ¡Salud! *(Las mujeres gritan asustadas. Juan se incorpora echando mano al machete)* ¿Se les cayó algo?

Juan: Nada. ¿Qué quiere?

Ramiro: ¿No gustan un trago?

Juan: No gracias.

Ramiro: *(Echa una mirada al tapete de Estela. Los mira, todos están tensos. Gritando hacia afuera)* ¡Ey pariente! ¡Acá... por acá compadre, creo que ya llegamos!

Entra el pariente. Viste botas y pantalón militar, playera y una camisola a cuadros; sobre los hombros una cobija verde militar. Su aspecto es el de una persona enferma. Se llama Marcial

Marcial: *(Con una linterna de petróleo en la mano)* ¿Aquí es?

Ramiro: Pues yo creo que sí. Mire eso. *(Le muestra los utensilios de Estela)*

Marcial: Mmj... ¿Son ellas?

Ramiro: Seguro que sí, por aquí no creo que haya otras.

Marcial: Bueno, pues a lo que venimos. *(Deja la linterna en el suelo. Se quita la cobija y se acerca a ellas)*

Soledad: No espérese, nosotras no hemos hecho nada, yo creo que nos están confundiendo.

Marcial: No, nos dijeron que por aquí las hallaríamos, y ya las hallamos.

Soledad: ¡No se acerque!

Marcial: *(Se detiene y mira a Ramiro)* ¿Pues qué pasa compadre?

Soledad: ¡Hágase para allá!

Marcial: *(Por Casimira y Juan)* ¿Qué, hay que formarse?

Ramiro: Uste' haga lo que le dicen compadre. Fórmese.

Marcial: Está bien. Qué bueno que la cola no está larga. *(Se para junto a Juan y Casimira, según él, formado)*

Casimira: *(Cuchichea con Juan)* ¿Qué se traen estos?

Juan: Tú ponte abusada por si hay pleito.

Ramiro: *(Se ha sentado por ahí con su botella en la mano. A Juan)* ¿De veras no quieren un trago?

Juan: Noo...

Ramiro: ¿No verdad? Pus cómo van a beber si les van a hacer curación.

Soledad: ¿Qué curación? Oiga yo creo que usted está equivocado, nosotras...

Ramiro: ¡Ustedes van a curar a mi compadre, porque no venimos de tan lejos para que nos salgan

con una tarugada!

Estela: ¿Qué, ustedes no vienen a ver el censo?

Ramiro: ¿Censo de quién?

Estela: De los que van a venir de allá, de las estrellas.

Ramiro: (*Mira al cielo, luego a Estela*) Oiga pariente, venga acá. (*Marcial se acerca, Ramiro le habla al oído*)

Casimira: ¿Van a llegar por avión Juan?

Juan: Te digo que está loca.

Marcial: (*A Ramiro*) ¿Y entonces qué hago?

Ramiro: Lo que usted quiera compadre. Yo lo apoyo.

Marcial: (*A Soledad*) Pues mire. Yo no sé que cosas tengan ustedes que bajar del cielo, o lo que piensen hacer. Eso es asunto suyo, es su trabajo y... pues yo ya estoy desesperado. Yo lo único que quiero es que me curen y ya.

Soledad: ¿Que lo cure quién?

Marcial: Por mí me da igual, la que sea. Yo nomás a eso vine, porque así me dijeron, "vete pa'lla me dice mi capitán, por que tú ya no sirves para esto, vete pa'lla Marcial, pa'donde está la pila del conejo dice, que debe estar por ese lugar por donde brilla la estrella. Cuando llegues allá vas a ver cómo te vas a sentir mejor, allá te vas a curar, te vas a sentir curado. Tú ya no estás bueno para el servicio dé las armas, dice".

Estela: Usted ha de haber entendido mal, usted habla del año del conejo, no de la pila.

Marcial: No, no, nada de que entendí mal, a mí no me venga con eso. "Allá en la pila del conejo las has de encontrar, ellas te van a curar, te van a dejar curado dice". Y yo a eso vine, a recibir la cura de ustedes, la cura que me arranque de una vez por todas de este mal. Así que vayan bajando a sus ánimas esas del cielo porque ya no aguanto más. (*Se arrodilla ante ella y abre los brazos*) Ya me he tomado de todo lo que me dicen que me tome. De todo lo que me dicen que me ponga, de todo me he echado. Todo lo que es bebido, todo lo que es untado, ya me sepulté en la paja, ya me enterré en el barro y, nada que me curo, nada que me pongo sano.

Soledad: ¿Y usted espera que nosotras lo curemos?

Ramiro: ¿Ustedes a cuál le hacen, a la blanca o a la negra?

Soledad: ¿De qué me está hablando?

Ramiro: ¿De qué ha de ser? De la magia.

Soledad: ¿Cuál magia?

Casimira: Te dije que eran brujas.

Soledad: Oiga no, nosotras no... aquí hay una confusión.

Casimira: ¡No se me acerque, no me toque!

Juan: ¡Vámonos ya!

Ramiro: (*Se levanta molesto*) Un momento. Pues ¿qué pasa aquí?

Soledad: ¡No, no nos dejen solas! Nosotras nos vamos también. (*Va e intenta recoger todas las cosas de Estela*) ¡Recoge tus cosas, rápido!

Ramiro: (*Saca una pistola y los amaga*) ¡O curan a mi compadre o aquí se va a morir más de uno. (*A Juan, por un movimiento que hizo hacia el machete*) ¡Quieto ahí!

Casimira: Nosotros no somos de esos que ustedes dicen, ni las conocemos a ellas, nosotros nada más venimos por lo del te ele ese.

Ramiro: ¡Pues mi compadre viene por lo mismo, porque le da el telele ese! ¡Y de aquí no se va nadie hasta que lo curen! ¡Hínquese compadre, hínquese! ¡Que se hinque carajo! ¡Y ustedes, a trabajar!

Soledad se arrodilla frente al tapete y comienza a "trabajar". Finge para ganar tiempo. De pronto se escucha un rumor sordo que irá creciendo lentamente.

Marcial: ¿Qué es eso compadre?

Ramiro: No sé. (*A Soledad*) ¿Tú lo estás provocando? ¿Es parte de tu magia?

Soledad: No...

Marcial: Está temblando.

Ramiro: No.

Marcial: ¡Está temblando compadre!

Ramiro: ¡Le digo que no!. ¿Qué están haciendo brujas?

Marcial: ¡No son ellas compadre, soy yo! ¡Si no está temblando es que entonces ahí viene. ¡Soy yo, compadre, soy yo!

Ramiro: ¡No la chingue compadre! (*Guarda el arma y corre hacia él*)

Marcial: ¡Ahí viene... ahí viene...

Casimira: ¿Qué es eso Juan? (*Juan no responde se acerca al proscenio y observa*)

Marcial: ¡Ya...!

Estela: (*Mirando en la misma dirección de Juan*) ¡Soledad, mira...!

Marcial: Ya... Ya está aquí. ¡Ya... ya... ahgg... ahgg... ahhh...! (*Es víctima de un ataque epiléptico*)

El rumor se ha ido acercando. De pronto todos se detienen mirando hacia el mismo punto. En sus rostros se refleja el asombro, el miedo. Sólo Ramiro atiende al compadre.

Ramiro: 'pérate compadre, 'pérate. (*El ataque avanza*) ¿Por qué no te esperaste cabrón, cuando ya te iban a curar, por qué no te esperaste? (*Busca algo que meterle en la boca*)

Estela: (*En plena alucinación*) ¡Ahí están...!

Soledad: ¡No es posible!

Casimira: ¡Mira Juan, mira...!

Juan: ¡Lo estoy viendo!

Soledad: ¿De dónde salieron?

Estela: ¡Te lo dije, te lo dije!

Ramiro: (*Tratando de controlar a Marcial, intenta meterle un paliacate en la boca*) ¡Muérdale aquí compadre, muérdale aquí!

Estela: ¡Son maravillosos, tal como lo decían las cartas: "Hombres sin rostros, sólo mostrarán sus ojos..."

Juan: Tenía razón el Jacinto, él me lo dijo.

Casimira: ¿Qué te dijo Jacinto?

Estela: ¡Acá, acá estamos hijos del cielo!

Soledad: ¡Cállate!

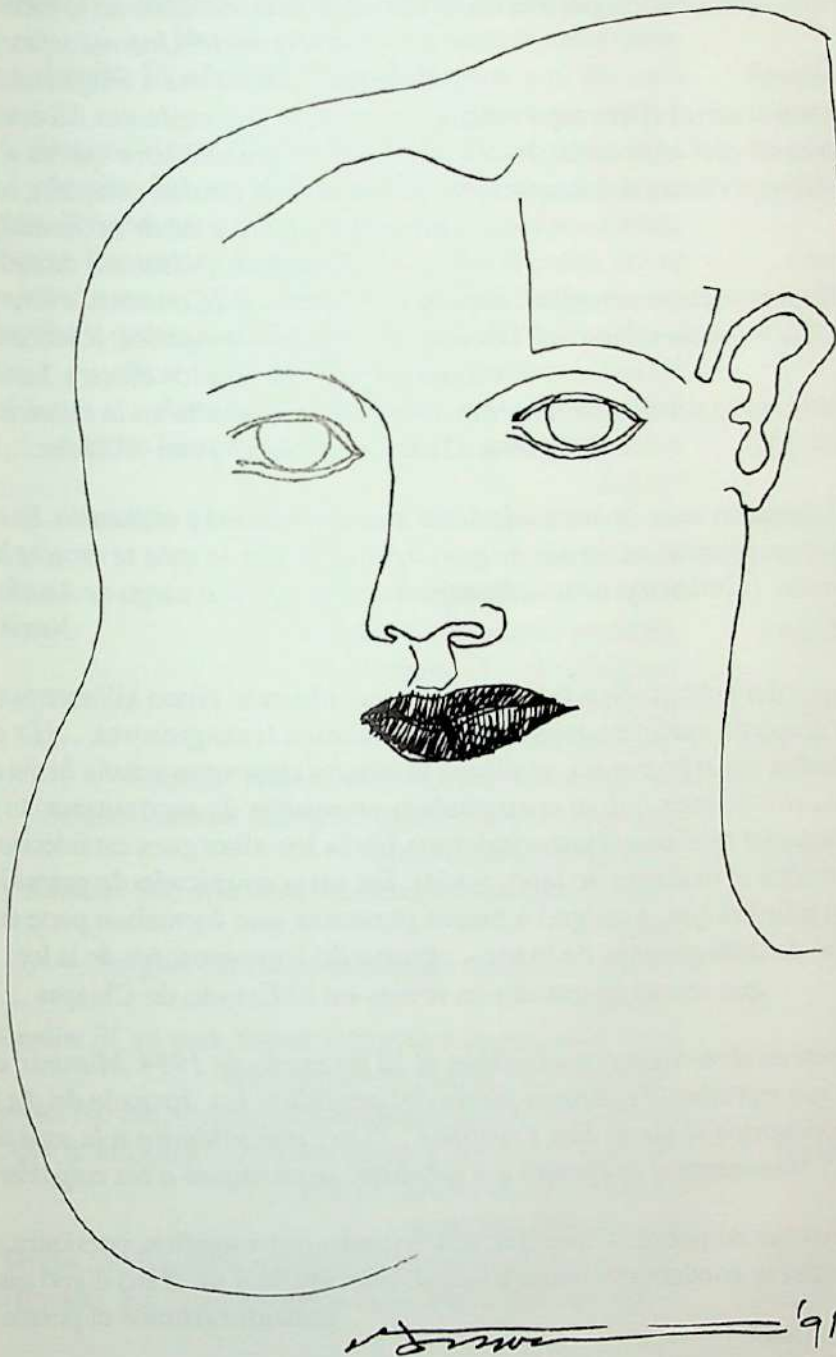
Casimira: ¡No los llame señorita!

Estela: ¡Tienen que vernos!

Soledad: ¡No! No son lo que tú crees. Son humanos.

Estela: ¡Son los enviados de las estrellas!

Soledad: ¡Basta ya Estela! ¡Son seres humanos como nosotros!



Juan: Que se estaban organizando, que cualquier día iban a bajar. Pero no pensé que fueran tantos.

Estela: ¡No, mira, no tienen rostro!

Soledad: ¡Lo tienen cubierto!

Estela: Sí, son mascarillas. Usan esas mascarillas para respirar porque nuestro aire es distinto.

Juan: Ya no diga tanta tontería. Son paliacates, pasa-montañas.

Estela: ¡Porque el aire está contaminado, como todos nosotros! Tengo que ir con ellos, tengo que advertirles.

Soledad: (*Sujetándola*) ¡Estás loca!, ¿no ves que están armados?

Estela: ¡Nos tienen miedo porque saben que somos malos, pero si nosotros no atacamos ellos no lo harán!

¡Déjame ir! (*Intenta zafarse*)

Soledad: ¡Tú no vas a ningún lado!

Estela: ¡Oh, querido maestro, no quisieron creerte! ¡Pero aquí estamos nosotros, tus vigilantes del cielo, nosotros estamos en pie! ¡Ahí están, los vi, los vi, ahora puedo decir que los vi!

Ramiro: (*Luchando con Marcial, quien está en el climax del ataque*) ¡No me muerdas pinche compadre, no me muerdas! (*Le da de cachetadas*)

Soledad: ¡Vámonos de aquí!

Estela: ¡No, yo quiero ir con ellos, déjame ir, déjame ir (*Comienza a llorar*)

Ramiro: (*Sacudiendo a Marcial*) ¡Reacciona pinche compadre, reacciona!

Casimira: ¿Éstos son los efectos, Juan?

Juan no responde, está como petrificado, ausente, con la vista clavada en la distancia.

Casimira: ¿Éstos son Juan? Juan . . . ¡Juan . . . !

La luz de la luna baña todo el escenario. La música sube de intensidad. De golpe el oscuro y el silencio. En el escenario se escuchan carreras. Los personajes se escapan en medio de gran agitación. En la sala se escucha la voz de un comentarista de televisión. (Grabación de una transmisión televisiva a cargo de Amador Narcia)

Voz: "El día de ayer, en las inmediaciones del poblado San Felipe Ecatepec, ubicado cinco kilómetros al oeste de la ciudad de San Cristóbal, un grupo de aproximadamente cuatrocientos transgresores. . . (*En el escenario el rostro de Zapata se ilumina solitario. En el proscenio, se dibuja la silueta de una montaña hecha a escala. La voz continúa*) abrió fuego contra tres aviones que se encontraban en misión de reconocimiento y de dos helicópteros que transportaban personal médico y abastecimientos hacia los albergues establecidos en las áreas donde el ejército realiza actividades de labor social. En un comunicado de prensa la Procuraduría General de la República informa que, consignó a nueve personas que formaban parte del grupo de transgresores de la ley. . . grupo de transgresores de la ley. . . grupo de transgresores de la ley. . . que se han levantado en armas en el Estado de Chiapas . . ."

A continuación se oye la voz del presidente en el mensaje por televisión el 12 de enero de 1994. Mientras, al fondo de la izquierda, se ilumina un telón que reproduce la primera plana del periódico La Jornada del día 5 de enero de 1994, en el que se lee: "Bombardeo al sur de San Cristóbal", "Diez mil soldados a la zona de conflicto", "Indagarán si se ejecutó a 5 rebeldes; se castigará a los culpables"

Voz presidente: "Para aquellos en condiciones de pobreza, que han participado por engaños, presiones, o aun por desesperación, que depongan su conducta violenta e ilegal, buscaremos un trato digno aún, consideraremos el perdón"

Desde la sala y en el escenario se escucha a gran volumen el sonido de ráfagas de ametralladora, bombas y disparos de todo tipo de armas. De atrás del telón vemos salir la figura de un hombre quien arrastra un convoy de camioncitos militares repletos de soldados. Cierran el convoy varios tanques. Usa traje y corbata y cubre su cabeza con un casco negro y lentes de motociclista. Coloca los camiones alrededor de la montaña y apoyado por un avión que carga en el otro brazo, comienza a jugar al "asalto a la montaña" tirando bombas indiscriminadamente sobre la maqueta que se ve ahora iluminada por una luz rasante. Unos segundos después entra al escenario una mujer. Viste una bata y pantunflas. Es Amalia, la esposa de Sergio, el hombre que juega a la guerra. Cesa el tiroteo y la luz sugiere un ambiente más realista.

Amalia: ¿Qué estás haciendo? Vas a despertar a los niños.

Sergio: ¿No es sensacional? ¡Mira! ¡Toda una guerra!

Amalia: Sólo te faltan los muertos y la sangre.

Sergio: No empieces.

Amalia: Ya sabes que no me gusta eso.

Sergio: Los niños se pondrán felices con su regalo de Reyes. Querían soldaditos, acuérdate.

Amalia: Sí, ellos querían soldaditos, y tú les vas a regalar una guerra.

Sergio: ¿Y por qué no? Podemos darnos ese lujo.

Amalia: No, no podemos. Ya lo hemos discutido antes. Pero tal parece que mi opinión aquí no cuenta.

Sergio: Por una vez al año que se den el gusto, no va a pasarles nada. (*Ella calla*) No es para tanto, fue un impulso si quieres, nada más. Ya está hecho, no voy a tirar todo ese dinero a la basura ¿verdad?

Amalia: ¿Es lo único que te preocupa?

Sergio: ¡Bueno ya! ¡Suéltala! ¿Adónde quieres llegar?

Amalia: (*Después de una pausa*) ¿Ya viste los periódicos?

Sergio: No. ¿Por qué?

Amalia: Lo que está pasando.

Sergio: ¿Lo de Chiapas?

Amalia: Sí.

Sergio: ¿Qué tiene?

Amalia: Nada, olvídale. Me voy a dormir.

Sergio: Espera. ¿Qué te pasa? ¿Tanto enojo por unos cuantos soldados?

Amalia: ¡No son unos cuantos, están movilizando miles!

Sergio: Yo estoy hablando de estos. (*Por los juguetes*).

Amalia: Sí, ya veo. Sigue jugando a la guerra si crees que eso es lo mejor para tus hijos.

Sergio: No me vengas con ironías Amalia, ¿Qué es lo que te molesta? ¿No me vayas a decir que estás así por el incidente de Chiapas?

Amalia: ¿Incidente?

Sergio: Sí, esa sublevación es irreal, está condenada al fracaso. En unos cuantos días acabarán con ellos y ya.

Amalia: ¿Es eso lo que tengo que decirles a tus hijos?

Sergio: No tienes que decirles nada. No es asunto de ellos.

Amalia: Hoy me preguntaron.

Sergio: ¿Qué cosa?

Amalia: ¿Por qué los están bombardeando? (*Sergio la mira*)

Sergio: ¿Qué les dijiste?

Amalia: No supe. Les dije que te lo preguntaran a tí. (*Viendo los juguetes*) Puedes explicárselos gráficamente.

Sergio: ¡No me fastidies con eso! Les hubieras dicho la verdad. No están en edad de comprender esas cosas pero, si preguntan, hay que decirles la verdad.

Amalia: ¿Y cuál es la verdad? ¿Que cualquiera que se oponga al gobierno se expone a ser asesinado?

Sergio: ¡No seas tendenciosa! ¡Uno puede estar en desacuerdo, pero eso no te autoriza a levantarte en armas! No corresponde a la situación de nuestro país, ni a sus necesidades y aspiraciones actuales. La Bolsa ha resentido inmediatamente el golpe.

Amalia: (*Lanza una interjección burlona*)

Sergio: ¡Aunque te burles! ¡Existen los cauces legales para dirimir cualquier problema, por grave que éste sea!

Amalia: Ni siquiera te molestas en procesarlo por tí mismo. Repites de memoria los mismos discursos de ellos.

Sergio: ¿Por qué la agarras contra mí? Como si yo tuviera la culpa de lo que está pasando.

Amalia: No, eso es lo más curioso, nadie tiene la culpa. He estado leyendo lo que dice el periódico. Eso del "tradicional rezago histórico" la "penuria crónica de los campesinos" los "siglos de humillación, discriminación e ignominia" y lo dicen como si fuera algo natural de lo cual nadie tiene la culpa. No sé cómo explicarles eso a los niños.

Sergio: No tienes que explicarles nada.

Amalia: ¿Qué hago cuando pregunten?

Sergio: Mándalos a jugar.

Amalia: ¿A la guerra?

Sergio: ¡Otra vez!... ¡Está bien, fue inoportuno! ¿Qué hago?

Amalia: Darles una explicación.

Sergio: ¡Esto es el colmo! ¡Ahora hasta los niños quieren explicaciones sobre los actos de gobierno!

Amalia: También me preguntaron por quién voy a votar.

Sergio: ¿Y también les dijiste que me preguntaran a mí?

Amalia: No, eso ya lo saben, saben dónde trabajas y lo que piensas. Me preguntaron por quién iba a votar yo, como si guardaran la esperanza de que mi decisión fuera opuesta a la tuya. (*Él la mira sorprendido*) Les dije que sí.

Sergio: ¡No te voy a permitir que pongas a los niños en mi contra!

Amalia: ¡No soy yo, los niños están creciendo, oyen, piensan!

Sergio: ¡Los niños no piensan en esas cosas!

Amalia: ¿Por qué no platicas con ellos? Te vas a sorprender mucho.

Sergio: Ya veo, has estado envenenando sus mentes.

Amalia: Te juro que no.

Sergio: Tú y... tu amiga Patricia.

Amalia: Ella trabaja contigo, no conmigo.

Sergio: Nunca debí traerla a esta casa. Te está cambiando.

Amalia: Gracias por considerarme incapaz de pensar.

Sergio: Tú no pensabas así.

Amalia: ¿Alguna vez me preguntaste? Diste por hecho que estaba de acuerdo contigo, igual que tus hijos.

Sergio: Seguramente las oyen hablar.

Amalia: Igual como te escuchan a ti. A ti y tus compañeros. Y puedo decirte que no tienen muy buena opinión de ellos.

Sergio: ¿También has estado hablando de eso?

Amalia: ¡Hacen más preguntas de las que te imaginas, y no porque no sepan, sino porque quieren confirmar lo que ya saben!

Sergio: ¡Qué casualidad que conmigo no hablan!

Amalia: Porque te tienen miedo.

Sergio: ¿A mí?

Amalia: ¡Sí, a ti! (Silencio)

Sergio: ¿Por qué? (Ella no contesta) ¿Por qué?

Amalia: Piénsalo.

Sergio: Tú lo sabes. Quiero que me lo digas.

Amalia: No los escuchas. Descalificas todo aquello que no te da la razón.

Sergio: ¡Eso es mentira!

Amalia: ¿Lo ves?

Sergio: Es que... no es cierto. O... ¿sí?

Amalia: Ahora estás dispuesto a escuchar porque te sientes herido, pero normalmente niegas cualquier cosa que no sea lo que tú piensas. Después de negar, regañas o castigas. Contigo uno nunca tiene la razón.

Sergio: Mañana hablaré con ellos.

Amalia: Está bien. Te van a pedir permiso para acompañarme a una marcha en apoyo a Chiapas. Les dije que lo hicieran.

Sergio: (Furioso) ¡No van a ir a ninguna marcha! ¿Pero tú estás loca, o qué te pasa? ¿Por qué mezclas a los niños en eso?

Amalia: También les dije que contestarías esto.

Sergio: ¡Y tú tampoco irás!

Amalia: Voy a ir Sergio, ya lo decidí.

Sergio: ¿Te parece tan importante como para crear conflicto entre nosotros?

Amalia: Esos hombres... y mujeres, están dispuestos a morir por defender lo que piensan que es justo. Creo que yo bien puedo enfrentar un conflicto contigo por defender lo que quiero.

Sergio: ¿No piensas en tus hijos?

Amalia: Porque pienso en ellos, porque no me gusta el país en el que tendrán que vivir si las cosas no cambian. (Silencio) No te lo puedo explicar... pero mereces una explicación. Es lo de Chiapas. No me cambió... sólo me hizo tomar decisiones. Buenas noches, voy a tratar de dormir un poco. (Va a salir. Se detiene) (Señalando los muñecos) No te sorprenda si les ponen capuchas a tus soldados. No es culpa mía. (Sale).

Sergio queda solo mirando sus juguetes. Levanta uno de los soldados, de la bolsa de su saco toma un plumón y le pinta el rostro de negro. Lo mira.

Sergio: Encapuchados... (Lo tira con rabia y sale).

Simultáneamente por el fondo, dos militares traen a Casimira a empellones. Es evidente un golpe sobre un pómulos y un hilo de sangre seca en la comisura de la boca. Durante el cruce de personajes la atmósfera cambia bruscamente. Se vuelve sórdida y contrastante. Un foco con una pantalla hechiza baja del telar mientras otro militar coloca un banco debajo de este.

Militar I: (A Casimira) ¡Siéntate! (Ella se resiste) ¡Que te sientes, carajo! (La obliga a sentarse)

Por el otro extremo cargando una mesa rústica, entran dos judiciales, uno de ellos es una mujer.

Judi I: *(A los militares, por los juguetes)* ¿Y eso?
¿Les compraron juguetes nuevos muchachos?

*(Levantando el
encapuchado)* Miren lo que
les trajeron los Reyes

Magos. *(Risas)*

Judi II: ¿De dónde salió
eso?

Militar I: Un regalito que
nos dejó algún pendejo.

Judi II: Algo ha de querer a
cambio.

Judi I: Que le cuiden sus
millones. ¿Qué ha de ser?

(Risas) Saquen esto de
aquí. No quiero
habladurías. *(Los militares
hacen a un lado los juguetes
y la maqueta sin sacarlos del
escenario)*

Judi I: *(A Casimira)* A ver
muñeca, empecemos otra
vez. ¿Quiénes son los jefes?

Casimira: Yo ya les dije todo a ellos. . . *(Los
militares)*

Judi I: ¡No has dicho más que mentiras! ¡Que iban a
México y se perdieron! ¿Me quieres ver la cara de
pendejo? ¿Crees que no se dónde está México, eh?

*(Le levanta la cara jalándola de los
cabellos)* ¿Quién es el jefe, ese tal
Marcos, quién es?

Casimira: No sé, señor, yo no sé, yo ya
dije todo lo que me preguntaron. . .

(Llora)

Judi I: ¡No chilles! ¡Odio a las mujeres
que lloran!, ¿me oíste? ¡Me entran
ganas de golpearlas! ¿Fue tu
novio el que te metió en esto? Sólo di
que sí y yo me encargo de lo demás.

Casimira: No él no. Fui yo, yo quería ir
a ver lo del tratado.

Judi I: ¿Tratado con quién? ¿Con los
cabrones estos? *(Le muestra el muñeco
encapuchado)*

Casimira: No. . .

Judi I: ¡Iban con ellos, eso no puedes
negarlo! ¿A qué?

Casimira: Prometieron. . .

Judi I: ¿Qué prometieron?

Casimira: Decían que ahora sí todo iba a ser distinto
y. . .

Judi I: ¿Quiénes decían?

Casimira: Y que al tratado había que entrarle con
calidad y. . .

Judi I: *(Vuelve a jalarla de los
cabellos)* ¡No te hagas pendeja!

¿Qué les prometieron?

Casimira: Nada. . . yo iba con la
esperanza. . . creí que ahora sí. . .

Juan soñaba con su cacho de
tierra y. . . vivir en paz.

Judi I: ¿Eso fue lo que les
ofrecieron? ¿Que si se aliaban con
ellos les iban a dar tierra?

Casimira: No, allá todos los que
perdieron la tierra pues. . .
quisieran que las devolvieran y. . .

Judi I: ¿Qué más? ¿Les hablaron
de la luz? *(Casimira asiente)* ¿Un
camino de luz, un sendero
luminoso?

Casimira: ¡No!

Judi I: ¿Qué te prometieron?
¡Habla!

Casimira: Pues lo que les
prometen a todos. Que va a haber un cambio, que
ahora sí se va a arreglar lo de las tierras, lo de las
injusticias y la democracia. . .

Judi I: ¿Quién te invitó al grupo?

Casimira: Nadie, yo quise ir. . .

Judi I: ¡Ah, tú
quisiste ir! ¿Sabes en
lo que estás metida
idiotita? ¿Sabes lo que
te espera si no hablas,
eh? *(La jala del pelo)*

¿Lo sabes? ¿Dónde
está el cuartel? ¿En
dónde se reunían?

Casimira: En ningún
lado. *(Jalón)* Bueno
sí. . .

Judi I: ¿Verdad que
sí? ¿Dónde?

Casimira: Cuando
ellos iban a
hablarnos. . .

Judi I: ¿Quiénes son
ellos?

Casimira: Ésos. . . los
que prometen todo.

Judi I: ¿Les dieron algo? *(Casimira asiente)* ¿Qué
les dieron?

Casimira: Nos daban gorritos y banderitas.



Judi I: *(Dándole una bofetón)* ¡Hija de la chingada! ¡De mí no te vas a burlar! *(Se pasea furioso. La judicial II le dice algo en secreto)* Espérame tantito. *(Se dirige a Casimira)* Vas a ver como hablas. Deja que veas como le ha ido a tu marido.

Casimira: ¿Qué hicimos tan malo para que nos trate así?

Judi I: ¡Atentaron contra la Nación! ¿Te parece poco?

Casimira: ¿Qué atentamos? ¿Cuál Nación? Nosotros no sabemos nada, somos del Estado de México.

Judi I: ¡Dijiste que eras de Guerrero!

Casimira: Ahí nací, pero vivimos. . .

Judi I: ¡Me importa una chingada de dónde seas, no te creo nada! ¡Lo que quiero saber es qué hacían ahí! Cómo conocían el lugar y la fecha. ¿Hay otro grupo armado en Guerrero?

Casimira: Yo no sé, yo seguí la estrella nada más.

Judi I: ¿Eso es una clave? ¿Así se llama tu comando, "La estrella"?

Casimira: No. La estrella, la estrella de Jesucristo.

Judi I: ¿Eres protestante?

Casimira: No señor.

Judi I: ¿Qué estrella?

Casimira: La estrella de Belén, la que siguieron los Reyes Magos. *(Risas de los militares)*

Judi I: ¡No me hagas perder la paciencia!

Casimira: Es que yo no sé que quiere que le diga.

Judi I: Tu marido traía un pasamontañas, ¿por qué?

Casimira: Tenía frío. Siempre lo usa para el frío. ¿Qué tiene eso de malo?

Judi I: Que es igual al que usan los sediciosos.

Casimira: Pero él no es eso, nosotros íbamos al progreso.

Judi I: ¿Al puerto? ¿Allá iban?

Casimira: No, al progreso ese que dicen, a donde va todo el país.

Judi I: ¡Ya me tienes hasta la madre con tu doble juego! Tú sabes más de lo que aparentas y lo vas a soltar.

(A los militares) Traigan al otro cabrón.

Casimira: ¡No, a él no, él no quería venir, él no ha hecho nada, fui yo, máteme a mí, pero a él no le haga nada!

Judi I: ¡Que conmovedora eres! ¿Eso quieres? ¿Quieres que te mate, *(La tira al suelo de un bofetón)* eh? No te voy a matar, pero vas a hablar. *(La pateo)* ¿Eso querías no? *(Otro golpe)*

Judi II: ¡Ya déjala! Así no va a hablar.

Judi I: ¡Nada más se está burlando de nosotros!

Casimira: De verdad que no señor. *(Llora)*

Judi II: *(Levantándola)* Ven, siéntate. Vamos a hablar. Tómate esto. *(Le da un vaso)* Te va a hacer bien, te va a tranquilizar. *(Enciende un cigarro)* ¿Fumas?

Casimira: No. *(Da un sorbo al vaso)*

Judi II: Tómatelo todo, yo ya tomé. *(Casimira bebe)* Éstos no saben más que gritar, dar golpes. Yo soy distinta, estudié en la universidad. ¿Tú no?

Casimira: No, nunca fui a la escuela, mi abuelo me enseñó a leer.

Judi II: Mira, qué bien. Yo sí, pero aquí se gana más, qué quieres *(Pausa)* ¿Me imagino que ya sabes por qué estamos aquí?

Casimira: *(Vuelve a llorar)* ¡Yo ya les dije todo lo que sé!

Judi II: ¡Cálmate, cálmate! No te va a pasar nada. Todo lo que tenemos que hacer es hablar.

Casimira: Ya lo dije todo: me llamo Casimira Pérez, hemos vivido mucho tiempo en la pobreza y yo quería salir de ella. Entonces quise ir a la ciudad y nos perdimos.

Judi II: ¿Habías ido antes a la ciudad?

Casimira: Una vez, con mi abuelo.

Judi II: ¿A qué?

Casimira: Fuimos a protestar, a llevarle unas peticiones al gobierno.

Judi II: ¡Ah, a protestar! ¿Y te gustó eso?

Casimira: No, es que decía mi abuelo que no era posible soportar tanta injusticia.

Judi II: Y ahora decidieron tomar las armas.

Casimira: ¡No, íbamos a ver lo del tratado!

Judi I: ¡No te hagas pendeja! ¡Ya me tienes hasta la madre con tu pinche tratado!

Judi II: Déjala que se calme. *(Se acerca a ella y le acaricia el pelo)* ¿Por qué estás tan nerviosa?

Casimira: ¿Qué ustedes no creen en eso?

Judi II: Sí chula, sí creemos.

Casimira: ¿Verdad que sí?

Judi II: Sí.

Casimira: La virgen nos hizo el milagro de que fuéramos a ver.

Judi II: Sí. ¿Iban todos formados verdad?

Casimira: Sí.

Judi II: ¿Cómo iban vestidos?

Casimira: Estaba muy oscuro, no los pude ver bien.

Judi II: ¿Llevaban pasamontañas?

Casimira: Algo así.

Judi II: ¿Como el de tu marido?

Casimira: Sí.

Judi II: Ajá. *(De la cabeza ha ido bajando al cuello. Lo toca suavemente. Coloca su otro brazo por detrás de su cabeza. Por un momento parece que va a romperle el cuello)*

Casimira: Algunos sí, pero otros...

Judi II: Tu marido nos dijo que los conoce. *(Baja su mano hasta el pecho de Casimira)*

Casimira: *(Quitándose)* ¡No!

Judi II: Él nos dijo eso.

Casimira: Si él no creía, nada más me acompañó porque yo me aferré.

Judi II: No ha de haber querido preocuparte, pero él es de los zapatistas.

Casimira: No. Si él fuera... de ellos, me lo habría dicho. Y yo lo hubiera acompañado.

Judi II: ¿No me digas? *(Le arranca el rebozo)* A ver párate. *(Jugando con el rebozo entre sus manos)* Párate.

Judi I: ¡Te están diciendo que te pares! *(Ella lo hace)*

Judi II: Arriba. *(Casimira la mira atemorizada)*

Judi I: ¿No estás oyendo? ¡Que te subas!

Judi II: No te va a pasar nada. *(Casimira sube al banco)* Súbete la falda.

Casimira: Ya me revisaron.

Judi I: ¡Que te la subas carajo! *(Ella obedece y se sube la falda con timidez y con miedo. La agente II gira alrededor de ella. Le toca un muslo)* ¡Mira, estás muy bien! ¿Cuántos años tienes?

Casimira: Veinte.

Judi II: ¡Veinte! ¿Y tu marido?

Casimira: Veintiséis.

Judi I: *(La jalonea)* ¿Y cuántos de conocer a los zapatistas?

Casimira: ¡No los conocíamos. *(Llorando)* Yo casi no salgo de mi pueblo!

Judi II: ¡Cálmate, cálmate, no te angusties! A ver,



(Firma) 95

platicámelo a mí. *(Le da la mano para que baje y la sienta. En franca complicidad entrega el rebozo al agente I. Luego se coloca en cuclillas frente a Casimira y le toma ambas piernas)* Mira, yo me estoy portando bien, ¿sí o no? *(El agente I coloca el rebozo alrededor del cuello de Casimira y comienza a presionar)*

Casimira: *(Cada vez mas asustada)* Sí.

Judi II: ¿Entonces? Si yo me estoy portando bien contigo, tú debes cooperar. Yo te voy a dar algunos nombres. Todo lo que tienes que hacer es decir que sí, que los conoces, que ellos los amenazaron para que entraran en esto. ¿Entiendes? Sí dices eso, el gobierno los va a perdonar. El presidente les va a dar el perdón. Ya lo dijo.

Casimira: Yo no puedo hacer eso. Eso es pecado.

Judi II: *(Riendo)* ¡Mira nada más! *(Se incorpora)* ¡Pecado! ¿Quién te dijo eso, las monjas, el Obispo ese comunista?

Casimira: No sé de qué me está hablando.

Judi II: Ya te lo dije, yo te doy nombres y tú sólo tienes que decir que sí. Es como un juego. *(Vuelve a colocarse en la misma posición anterior)* Eso no puede ser pecado.

Casimira: Eso fue lo que hizo Judas.

Judi II: Pero tú no vas a entregar a Cristo. Solamente a unos mugrientos revoltosos. *(Mete su mano por debajo de la falda. Casimira intenta defenderse pero el agente I la sujeta con el rebozo)* ¡Quieta! Tú y yo podemos ser muy buenas amigas, pero no me hagas perder la paciencia porque tengo otros métodos para hacerte hablar. *(Hace una seña al otro. Éste aprieta fuertemente mientras ella violentamente mete la mano entre sus piernas. Casimira grita, trata inútilmente de defenderse. Por el fondo los militares traen a Juan visiblemente golpeado)*

Casimira: ¡Juan! ¡Juan!

Juan: ¿Qué le están haciendo? ¡Déjenla! *(Recibe un fuerte rodillazo en el estómago)*

Militar: ¡Quieto cabrón! *(La judicial II suelta a Casimira)*

Juan: ¡Suéltenla! *(Es derribado de un culatazo)*

Casimira: *(Llorando)* ¡Juan, Juan...!

Judi II: Mira nada más lo que te hicieron. *(A Casimira)* ¿Ves? Todo lo que podían haberse evitado si hubieran colaborado desde un principio. Pero todavía están a tiempo, porque esto apenas empieza. Uno de ustedes dos va a confesar, se los prometo. Tráiganla para acá.

Entre el judicial I y un militar arrastran a Casimira hacia la mesa. La excitación que les provoca la violencia se ha desatado.

Juan: *(Tratando de incorporarse)* ¡A ella no, ella no sabe nada! ¡Suéltenla cabrones! *Los militares van sobre él, levantan las metralletas para golpearlo. El impulso que toman es bestial. Cuando están a punto de descargar el golpe sobre su cabeza en la sala se oye una voz:* ¡Párale ahí! *(La acción se congela)* ¿Qué chingados es esto, Patricia?

Desde la cabina, habla Patricia, una joven reportera.

Patricia: ¿No es claro?

Sergio: *(El mismo Sergio que jugaba a la guerra)* Demasiado claro. Esto no sirve.

Patricia: ¿Cómo que no sirve? No vas a encontrar un material mejor que éste.

Sergio: Depende para qué lo quieras. ¿Crees que nos van a dejar pasar esto? ¡Te dije trae un buen reportaje y tú me pones una bomba en las manos! Vamos a editarlo. A ver qué logro salvar de ahí.

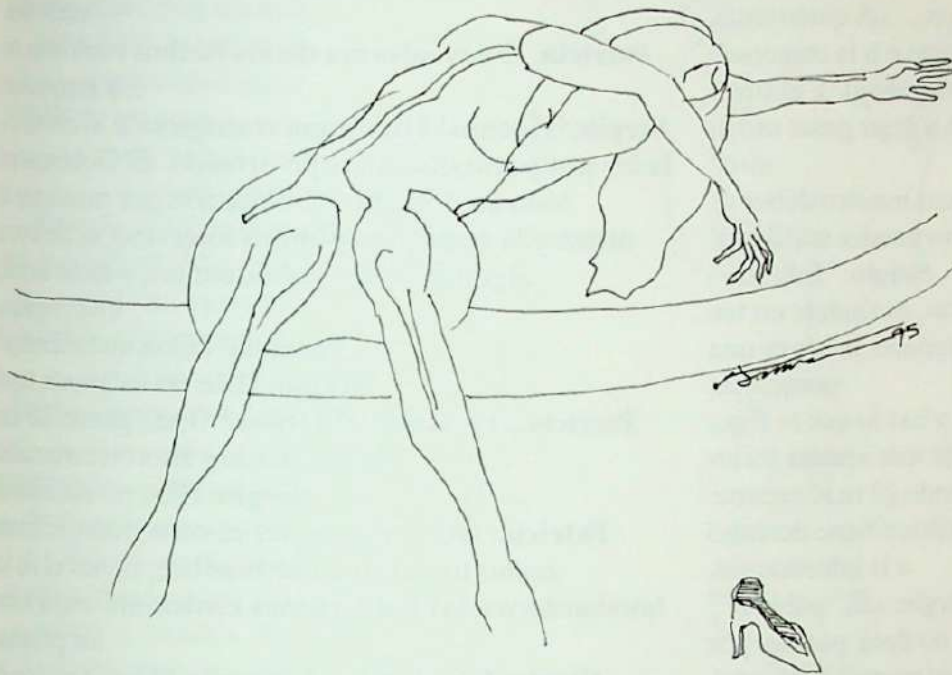
Patricia: *(Entrando)* ¿Estás loco? ¡No puedes hacer eso!

Sergio: ¡La que está loca eres tú, si piensas que eso puede pasar al aire! Vete a la cabina y regrésala.

Patricia: No voy a hacer eso.

Sergio: *(Se vuelve a la cabina y grita)* ¡Fernando! ¡Regresa esa cinta, vamos a editar!

Patricia: ¡No lo hagas Fer, no toques nada sin mi consentimiento!



Sergio: ¡El que manda aquí soy yo!

Patricia: ¡Pero el video es mío!

Sergio: ¡No, ya no. Entró como parte de tu trabajo.

Pertenece a la empresa!

¡Regrésala Fernando! (Pausa)

¡Regrésala te digo! Despacio, déjame ver dónde hay que cortar.

Se escucha el sonido de una video al regresar la imagen. En el escenario los personajes se mueven repitiendo los movimientos a la inversa.

Sergio: ¡Ahí... (La escena se congela de nuevo)

Sergio: A ver, un poquito más atrás, donde la mujer se acerca a verlo. (Todo se hace según las indicaciones) Ahí, deténla.

Lo que vamos a hacer es lo siguiente: quitamos el audio y metemos un narrador. Alguien que diga que estos son de los indígenas a los que el ejército ha ido a auxiliar.

Patricia: ¿Por qué haces esto?

Sergio: Momento que todavía no termino. Vamos a usar sólo esta imagen, es importante ver al indio golpeado, la empatamos luego con el momento en que la mujer esa le da de beber a la muchacha y le acaricia el cabello. Vamos a ver si es posible rescatar el audio de cuando ella dice que sí fueron amenazados por los transgresores.

Patricia: Es que no lo dijo.

Sergio: Después de esto, ¿no confesaron?

Patricia: Después de esto solo hay violencia y más violencia, luego el video se corta. No se ha vuelto a saber de ellos.

Sergio: Pues lo dice el narrador, sobre la cara de ella llorando.

Patricia: Perdóname pero no estoy de acuerdo.

Sergio: ¿Y quién te dijo que tenías que estar de acuerdo?

Tú has lo que se te pide y nada más.

Patricia: ¿Estás bromeando verdad? No puedes pedirme eso en serio. Ese material... yo te lo traje Sergio, porque



consideré que era importante y...

Sergio: ¿Puedes hacer lo que te estoy sugiriendo, o no puedes?

Patricia: No, no puedo, es que yo... ¿A quién estás protegiendo? ¿Al gobierno o a la empresa?

Sergio: Estoy protegiendo mi trabajo. Y el tuyo. ¿De veras crees que te van a dejar pasar eso al aire?

Patricia: ¡Yo no sé! ¡Pero nuestro deber es entregarlo tal y como está, no puedes mutilarlo!

Sergio: "Editarlo"

Patricia: ¡Llámale como quieras, escóndete en tus tecnicismos, pero lo que quieres hacer es una porquería!

Sergio: Mira, vete a la máquina y haz lo que te digo. Yo soy el responsable. Tú nada más aprieta teclas cuando yo te lo ordene.

Patricia: Es que no es justo, el público tiene derecho a la información.

Sergio: ¿El "público"?

Patricia: ¡Dije público, por no decir pueblo, por deformación, porque así se maneja todo aquí. Hablan de audiencia, de *reunings*, nunca de personas!

Sergio: ¡No, no, dijiste bien: el público! ¡Y el "público" no quiere información, quiere show y nosotros se los vamos a dar!

Patricia: ¡Debí suponerlo cuando te lo traje! ¿Cómo pude confiar en ti? ¿Sabes lo que tienes ahí? ¿Tienes una idea de lo difícil que fue conseguir ese material?

Sergio: Lo supongo. Lo que todavía no logro entender es cómo grabaron eso. ¿Quién? (Pausa) ¿Por qué no se contentan con preguntar, con hacer su trabajo como reporteros?

Patricia: Eso hacemos.

Sergio: ¡No! ¡Andan como ratas husmeando en la basura! ¡Desde que cualquier pendejo maneja una cámara de video sólo han traído problemas! ¡Todo mundo se siente con derecho a grabar, a meter sus narices donde no lo llaman! ¡Ya ves lo que provocaron en Los Ángeles por su chistecito de grabar lo del pinche negro ese que madrearon! ¿Eso es lo que quieres que pase aquí por andar exhibiendo esas cosas?

Patricia: ¡No, lo que yo quiero es que no siga pasando eso, denunciarlo, no seguir encubriendo tanta arbitrariedad!

Sergio: ¡No puedes mostrar las cosas tal y como son, entiéndelo! ¡No le conviene a nadie!

Patricia: ¿No le conviene a quién? Porque a los agredidos sí. ¿No te importa lo que acabas de ver?

No son animales a los que están maltratando. Son seres humanos.

Sergio: Nuestra función es informar de los hechos, nada más.

Patricia: ¡Pues informa de los hechos como son, no los manipules!

Sergio: ¡Hechos! Hubo una transgresión al orden y a la ley por parte de un grupo armado. El Gobierno en todo su derecho y obligación por mantener el orden y la seguridad pública intervino, se detuvo a algunos de los delincuentes, y están siendo interrogados.

Patricia: ¿Con qué métodos?

Sergio: ¡Ése no es asunto tuyo!

Patricia: ¡Es asunto de todos! ¡Esas gentes no han hecho nada y fueron torturadas!

Sergio: ¡Eso no me consta!

Patricia: ¡Ahí está, tienes el otro video, la forma como torturan a ese hombre, tienes el de los bombardeos a las poblaciones civiles, ahí están todas las pruebas.

Sergio: Esto no es un juzgado ni la Comisión de Derechos Humanos. Esto es una empresa privada con intereses muy claros. Yo sólo cumplo con lo que se me encomienda y creo que tú deberías de hacer lo mismo.

Patricia: ¿No te importa lo que le pase a esa gente?

Sergio: La verdad, no. Ellos se lo buscaron.

Patricia: ¿No piensas que te podría pasar a ti? ¿Qué harías si esos tipos te arrancaran una confesión a golpes?

Sergio: Estamos todavía muy lejos de llegar a eso.

Patricia: No estés tan seguro.

Sergio: Pues entonces no le busques tres mangas al chaleco. Porque si algo te pasa, igual nadie va a saberlo.

Patricia: ¿Me estás amenazando?

Sergio: Te estoy dando la razón. Por mi parte, mientras me conserve dentro de la línea, no hay peligro.

Patricia: Eres una mierda.

Sergio: Soy un hombre práctico.

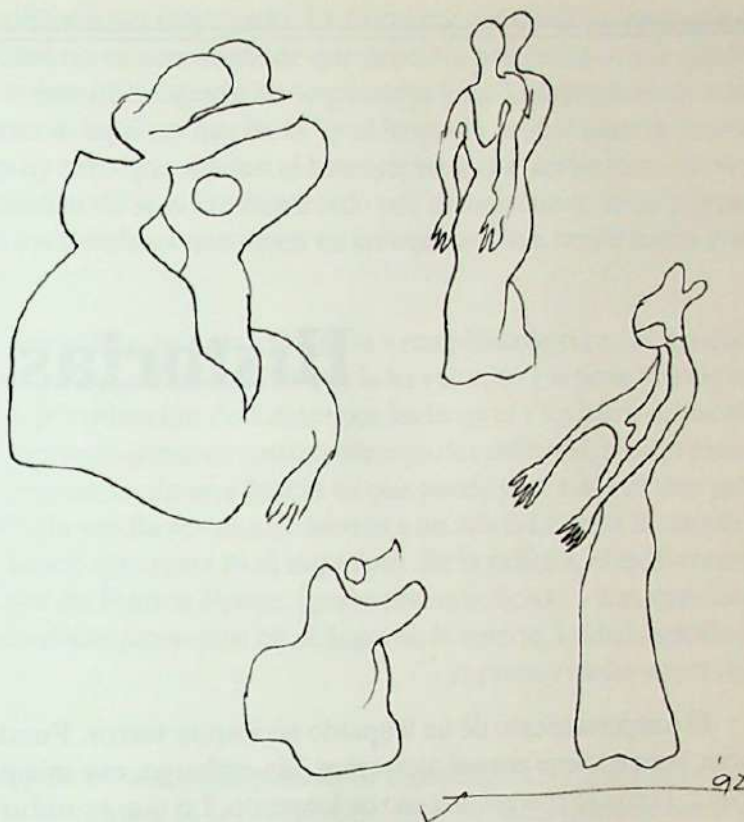
Patricia: ¿Vas a ganar mucho con esto?

Sergio: ¿Ganar? Sí, voy a conservar mi empleo, mi casa, mi coche; algo que en estos tiempos ya es mucho. En un principio yo también era como tú, pero poco a poco fui comprendiendo cómo funciona esto y para lo que sirven esas máquinas. Ahora me es más fácil obedecer sin pensarlo demasiado. No me

complico la vida. *(Pausa)*
Si no lo haces tú, lo hará
cualquier otro; hay
mucho gente allá afuera
esperando la primera
oportunidad para
ensuciarse las manos. No
lo tomes tan
trágicamente.

Patricia: *(Después de una gran pausa)* Vamos a ver... pero no estoy de acuerdo. *(Se encamina hacia la cabina)*

Sergio: *(Sonriente)* Veo que empiezas a comprender. *(Pausa)* No te compliques la vida Patricia; y deja de complicármela a mí; me refiero a Amalia. No quiero que le sigas calentando la cabeza con



ese mito de la justicia social. *(Mira la escena, se acerca a Juan. lo ve, mueve la cabeza)* Pobre idiota. *(Se vuelve hacia la cabina)* ¿Lista? *(Silencio)* ¿Patricia...? ¡Patricia! *(En la cabina se escuchan algunos ruidos, de pronto se apaga la luz)* ¿Qué pasa Patricia? ¡Patricia...! *(Movimiento en el escenario).* ¿Qué estás haciendo Patricia?! ¡Patricia! ¡Con una chingada Patricia! *(Al encenderse la luz, todos los personajes y muebles de la escena han desaparecido. Sergio está solo, exactamente como en la escena donde discutió con Amalia. Los juguetes aunque en distinta posición, siguen ahí. De la cabina sale Patricia con unos videos en la mano).* ¿Qué pretendes?

Patricia: Me voy. Y no pienso dejarte esto. *(Guarda los videos en su bolso)* Ya encontraré dónde exhibirlos.

Sergio: ¡Eres una idiota, no sabes ni dónde estás parada!

Patricia: ¡Eres tú el que no lo sabe. Salte a caminar un rato por la calle, para que te des cuenta como está este país!

Sergio: ¡Vete, vete a la calle, y quédate ahí. ¡Ese es tu lugar! ¡Pero ese material no va a salir de aquí!

Patricia: Ya veremos.

Sergio: Patricia... una pregunta nada más.

Patricia: ¿Dime?

Sergio: ¿Tú tienes idea de cómo llegaron hasta aquí estos juguetes?

Patricia: Son tuyos. Tú los compraste. *(Sale)*

Sergio: *(Se dirige al teléfono y marca dos números)* ¿Seguridad? Habla Pérez Cool, la señorita Patricia va a la salida. Lleva un material que es propiedad de la empresa, deténganla. *(Escucha)* No, sólo me interesa el material. Ella puede largarse. *(Escucha)* Sí, sí, a como de lugar.

Cuelga. La luz comienza a descender lentamente. Sergio está inmóvil, mira los juguetes, un pequeño tanque avanza hasta sus pies al tiempo que se hace el oscuro. Música que va subiendo de intensidad. •

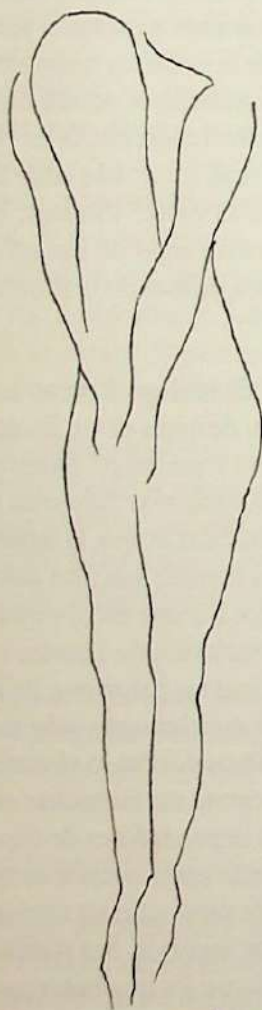
FIN DE LA PRIMERA JORNADA

Tepepan, Xochimilco
Julio de 1994

Cuando se enfrentan dos delfines machos en las piscinas de los zoológicos y centros acuáticos no pueden huir o escabullirse como harían en el mar y, por lo mismo, algunos han muerto. Aparte, a los delfines no les queda más remedio que aburrirse después de las funciones; al agua, que es cambiada constantemente, se le agrega, además de sal, cloro, lo cual no es bueno para los mamíferos marinos; las ondas que emiten para ubicarse chocan y retornan en las tinas como en un juego de espejos. Si en libertad los delfines viven alrededor de cincuenta años, en cautiverio promedian menos de veinte, si es que sobreviven a su captura y traslado. No solamente son los directores de algunos zoológicos quienes se han convencido sobre cierta imagen de los delfines —algunos incluso han dicho que los delfines se divierten más que estando en libertad— sino que también los niños y adultos que asisten a las funciones reciben una imagen totalmente falsa, si bien encantadora, de estos inteligentes mamíferos. La vida de cualquiera reducida a hacer piruetas para comer debe parecerle muy pronto poco divertida.

Restringido su espacio, los animales en apariencia más inofensivos se vuelven los más feroces, aunque esta ferocidad se manifieste poco en su hábitat natural. Los espacios cerrados abundan en *El silencio de los inocentes* (estos espacios no son necesariamente muros de piedra y concreto; como en el caso de los tigres cazados en la India a comienzos de siglo por hombres montados en elefantes y que rodeaban el área donde se encontraba el felino con tiras largas de tela, como sábanas. . . a veces lo fino y frágil, lo vulnerable y, en apariencia, efímero y aéreo, resulta una pared infranqueable). Independientemente de la casa del asesino costurero, con su sótano y mazmorra, éstos configuran el mundo de Lecter: aquella celda en un inicio, doblemente constringente debido a sus muros de vidrio; la jaula tradicional de barrotes, cuando trasladan a Lecter de una prisión a otra, dentro de lo que parece una bodega que es uno de los pisos altos de un edificio; el atuendo en el cual es presentado frente a la senadora, madre de la desaparecida, última víctima del

asesino costurero. La máscara, a su vez especie de bozal y mordaza, la camisa de fuerza, el diablito en el cual es transportado, todo es una especie de espacio limitado, contra el cual, además de sentirse agredido, se esfuerza, se acrecienta, se vuelve más feroz, se tensa el prisionero. Sus instintos, inteligencia, impulso homicida se expresan tanto en las palabras que dirige a la senadora una vez libre —momentáneamente— de su bozal, como en la carnicería resultante de su autoliberación dentro de la jaula —prisión finalmente demasiado transitoria, no sólo por ser un cautiverio de paso sino por ser una restricción al movimiento y libertad del psicópata inferior a su inteligencia y habilidad. Lecter parece conocer este efecto de los espacios cerrados: reacciona más como aquellas especies de animales que no tienen como algo inherente ese freno a su agresividad frente a la vulnerabilidad y sumisión del otro, pero, a la vez, prefiere y disfruta atrapar a sus víctimas en espacios cerrados. Lo anterior se demuestra por su treta con el elevador del edificio y el cuerpo de su primer víctima colocado encima de éste para engañar a sus perseguidores y hacerles pensar que es él



John Edgar 95

mismo el que busca fugarse por medio del conducto, como por su fuga exitosa posterior en la ambulancia, espacio idóneo e irónico para su última carnicería anterior a su libertad. Lo que en la naturaleza, los espacios abiertos y la rapidez de la fuga, permite un equilibrio entre los animales de una especie y su sobrevivencia, en *Lecter* y en los espacios humanos, funciona como un desequilibrio.

Otro aspecto del comportamiento animal es parecerse a lo que no se es: un insecto que imita una rama viva pero, a veces, un insecto que imita una hoja seca. El camuflaje permite parecerse a lo que uno quisiera ser —la mariposa no venenosa imita en sus colores y diseños a la venenosa y por lo tanto es ignorada por los pájaros. Siempre es un juego de supervivencia. De necesidad. Lo orgánico imita a lo orgánico, pero también a lo inorgánico; la vida imita a la vida, pero también a la muerte. Y en esto último, hay una manera de imitar a la muerte muy común en la naturaleza y, pareciera, muy exitosa: jugar al muerto. Entre los niños uno puede oír la orden o la súplica: hazte el muerto. La inmovilidad siempre ha tenido algo de mortuorio, antecede a la rigidez que sólo es un paso realmente a un nuevo movimiento: la descomposición. En cierto sentido el movimiento nunca ha cesado. La inmovilidad también es ahorro de energía, espera, conservación de vida, como en la hibernación. Entre los animales —insectos, peces, mamíferos, reptiles— la inmovilidad es una postura común ante el peligro. La víctima a veces se deja hacer y deshacer con la esperanza de finalmente ser abandonada y salir con vida. *Lecter*, al disfrazarse del hombre a quien ha matado y desollado, hace lo mismo, aunque en este caso juegue más al moribundo que al muerto. La inmovilidad es la misma. En apariencia, la realidad es lo anterior y doble: *Lecter* juega a ser otro, y ese otro es un ser inmóvil. Pero la realidad es la siguiente: *Lecter* usa a su víctima como Caballo de Troya.

La exótica palomilla nocturna, carta de presentación del costurero y asesino múltiple, es también otro símbolo en la película de la metamorfosis que se da en un espacio cerrado, el capullo, y dentro del cual se va creando, de modo aparentemente inmóvil, una nueva vida, de crisálida a insecto alado. El costurero se fabrica una persona femenina con las pieles de sus víctimas, pretende cambiarse en mujer. Hay una escena grotesca en la cual se visualiza como mujer frente a un espejo. A sus víctimas, las regresa a crisálidas, desnudas, y dentro de un pozo oscuro. Un vientre muerto, la imposibilidad de crear la vida de la muerte. Cuando sus víctimas son halladas, muertas y sin extensiones de su piel, una palomilla nocturna ha sido colocada en su garganta. El insecto está dentro de la mujer, como la mujer estuvo en la casa del costurero. La palomilla nocturna reemplaza la palabra, es pista silenciosa hacia el asesino y, a la vez, testigo de los gritos no escuchados de la mujer mientras seguía con vida. La historia es mimética, repetitiva, obsesiva, es barroca en su malignidad.

Cuautla, julio de 1992

V

Regresamos a la imagen del leopardo. No es más que eso: una imagen. Aunque el hombre lo desee, jamás será un animal. Decir que *Lecter* es un leopardo es hablar de una imitación, una asociación libre, una metáfora. Tomar un ejemplo proveniente del campo biológico nos facilita como sociedad pensar acerca de nosotros mismos, y qué irónico resulta que en el momento en que nos encontramos tan alejados de la naturaleza (entendida como otros seres distintos a nosotros), en que nuestro contacto con diversos animales es cada vez menor, acudamos más y más a ella para explicar el comportamiento humano.

El silencio de los inocentes juega con dos maneras de estudiar y comprender el comportamiento animal: por un lado los estudios “que se han realizado exclusivamente en el laboratorio donde se analizan las respuestas del ‘organismo’ a los estímulos introducidos por el experimentador” y, por el otro, “la observación rigurosa y de experimentación (la técnica del señuelo, entre otras) elaboradas por la psicología”. Lo primero es una descripción del conductismo con su “esquema explicativo centrado en la unión entre el estímulo y la respuesta, evidenciando los comportamientos reflejos y los procesos de aprendizaje y oponiéndose

firmeramente a toda noción de comportamiento innato". Lo segundo es una descripción de la etología, disciplina que se propone hacer un estudio comparativo del comportamiento, desembocando en la "descripción filogenética, análoga a la anatomía comparada". Por un lado, Skinner, por el otro, Lorenz, ambos finalmente darwinianos como sugiere Elizabeth Lage en su ensayo "El pecado capital de la etología: K. Lorenz".

Lo anterior, lenguaje cercano y reconocible para un biólogo, no lo es tanto para la mayoría de nosotros. Lo que me interesa es el estudio que se hace de Lecter en *El silencio* (...) —al menos parece estudio— y la manera en que el enfoque es ambos: skinneriano y lorenziano. ¿Es un laboratorio o un "medio natural" lo que tenemos frente a nosotros? Lorenz tiene la ventaja de incluir ambas posibilidades si, como dice Lage, el "propósito esencial de las observaciones de campo consiste en analizar la parte respectiva de lo innato y de lo adquirido en un comportamiento dado" [Lage, 1980]. Lecter no es el único analizado en esta película, todos los personajes lo son, en mayor o menor grado. Y en cada uno nos preguntamos sobre lo innato y lo adquirido.

Parafraseando a Lorenz, "es curioso que sea yo quien diga eso, pero hablar de los instintos del hombre es muy peligroso"; yo diría: "hablar de los instintos de Lecter es muy peligroso" y, más, absurdo, sobre todo si tomamos en cuenta que, según Lorenz, "la importancia del comportamiento instintivo en relación al aprendido, depende del desarrollo del sistema nervioso de la especie. Cuanto más importante es este desarrollo, el comportamiento instintivo es suplantado, cada vez más, por el comportamiento aprendido" [Lage, 1980]. Lecter sufre, si acaso, de un sistema nervioso demasiado desarrollado. Su *malaise* es cultural. Sin embargo, el juego está justo en que el comportamiento homicida de Lecter parece no tener nexo alguno con aquel hombre inteligente y sensible. No hay ninguna explicación sobre los orígenes, lo cual nos inclina a clasificarlo dentro de la especie "homicida psicótico" o "multiasesino" —¡como si esto fuera explicación!— y a ver su comportamiento como instintivo.

El comportamiento instintivo aparece en los individuos de una misma especie de manera invariante, rígida. Además y según el autor, podría servir como signo taxonómico de la especie. Es autónomo y no podría ser modificado por el comportamiento adquirido. Desde el punto de vista genético, no existe discontinuidad entre estos dos tipos de comportamiento. Por otra parte, el comportamiento instintivo no necesita estimulación externa para manifestarse. Aparece en forma espontánea. [Lage, 1980]

Todo apoyado, según esta escuela, por el descubrimiento de la actividad autónoma y espontánea del sistema nervioso central. Claro que para esto es necesaria "la generalización de las observaciones de una especie a otra"... peor, en nuestro caso, al comparar el leopardo y el "homicida psicótico". Esta última especie aún no pertenece al reino animal y si algún día pasa a formar una de las páginas de un bestiario, será de criaturas fantásticas.

Lage respeta a Lorenz cuando se limita a estudiar a los animales y su comportamiento. Cuando busca —y, peor, halla— concordancias en el comportamiento social de grupos animales y humanos, le pierde el respeto y tacha de analogías superficiales y de fantasías personales sus descubrimientos. Si Lorenz "espera poder aplicar un día los resultados de la psicología animal para encontrar las leyes que determinan el comportamiento social de grupos humanos" [Lage, 1980] y, por lo tanto, sugiere que existe en el hombre un comportamiento instintivo, autónomo, espontáneo, invariante, entonces debemos, señala Lage, preocuparnos por la profunda significación social y política que tiene esta postura.

Brinda sostén al fundamento biológico del comportamiento, así como a la diferencia de los comportamientos según el grupo étnico, el sexo, la nacionalidad, el grupo social, etcétera. El argumento biológico es inmutable y decisivo y permite afirmar de una vez por todas, que los casos son como son y no podrán cambiar. Fundamenta definitivamente la desigualdad social y la ley del más fuerte en todas las aves. (El orden social, la jerarquía, la propiedad, la hegemonía del más fuerte, la guerra, se transforman en fenómenos biológicos, sometidos a las leyes de la evolución, estando asegurado el invariante por la noción de instinto.) A menudo,

este argumento se oye en diferentes circunstancias y funciona de la misma manera, ya se trate de cualquier hijo de vecino o del hombre de ciencia. Sirve a los mismos fines: defender la ideología dominante. (...) Después de haber disertado científicamente sobre el comportamiento animal, no puede dejar de hablar sobre el comportamiento instintivo del hombre. Estas incursiones no se basan ya en una observación sistemática; el autor nos pasea a merced de sus asociaciones libres. [Lage, 1980]

Regresamos a *El silencio* (...); aceptar que en el hombre existe un comportamiento instintivo, autónomo, espontáneo es creer en un determinismo, en este caso de orden biológico. Los ensayos de Lorenz se leen como narrativa. Al igual que con La Fontaine, pero desde una perspectiva distinta y con consecuencias distintas, ya que La Fontaine busca edificar al hombre mediante los ejemplos tomados de los animales —es un moralista—, Lorenz muestra la relación entre los animales y la ley del más fuerte como algo inevitable. En los dos casos, sin embargo, los personajes son animales y los relatos son leídos no porque el lector tenga un gran interés en los animales —aunque esto también puede ser cierto y un motivo paralelo— sino porque proyecta en lo narrado su propio comportamiento y el de los demás hombres.

Inferimos que esta lectura lo apasiona en la medida en que le permite la proyección, en la medida en que busca respuesta a sus propias preguntas a través de la descripción de diferentes comportamientos animales.

El funcionamiento analógico del relato invita a la proyección, y eso nos place.

El placer se debe a que con la proyección en el mundo animal, el hombre y la mujer —no lo olvidemos— buscan respuestas a su propias preguntas de manera tranquilizadora y reconfortante. Las preguntas pueden surgir libremente sin necesidad de control, dado que se trata del comportamiento animal y no humano. La sexualidad se halla en el centro de la proyección e impunemente, “científicamente”, nos colocamos en *voyeur*” [Lage, 1980]

En el caso de *El silencio* (...) ya no leemos (miramos) una obra sobre animales, pero sí una obra sobre un hombre que es visto como un animal.

Muchos de nuestros mitos rectores son biológicos; más bien, científicos; naturales y no sobrenaturales. Carl

Sagan, en su libro *Los dragones del Edén*, escribe sobre la evolución de la inteligencia humana; varios capítulos, siguiendo a MacLean, son un estudio anatómico del cerebro que sirve, a su vez, como repaso de la evolución del hombre y de las demás criaturas. Si hacemos un diagrama de una vista lateral del cerebro humano, estaremos ante una especie de mapa cronológico y evolutivo de la creación. En vez del tronco del árbol, cortado transversalmente, mostrándonos, mediante sus anillos, imperfecciones, colores, nudos... una historia de los años de su existencia con todo e incendios, plagas, sequías... tenemos el cerebro humano que mediante el neocórtex —la parte dominante—, luego el sistema límbico —de menor tamaño— y finalmente el cerebro posterior nos lleva por un recorrido regresivo por las diferentes etapas de nuestra evolución.

Cada una de las partes del cerebro corresponde a cierto momento en la historia de la evolución y a la anatomía cerebral de otras criaturas existentes hoy día. Así que podemos hablar de ser portadores de estructuras biológicas que no han cambiado en millones de años y de ser parientes tanto de los cocodrilos como de los peces o de los delfines.

Si la tesis que hemos avanzado es correcta, cabe suponer que en cierto modo el complejo R sigue desempeñando dentro del cerebro humano las mismas funciones que cumplía en el dinosaurio, y que la corteza límbica genera los estereotipos mentales de los pumas y los perezosos. Es indiscutible que cada nueva fase en el proceso de cerebración viene acompañada de transformaciones en la fisiología de los primitivos componentes del cerebro. La evolución del complejo R habría acarreado cambios en el cerebro medio y en otras regiones del encéfalo. Pero sabemos que la regulación de buen número de funciones es tarea común de diferentes componentes cerebrales, y sería realmente extraño que los componentes cerebrales de la base del neocórtex no continuaran actuando en buena medida como lo hacían en tiempos de nuestros remotos antecesores. [Sagan, 1986].

El complejo reptílico pertenece a la parte más antigua del cerebro humano. Lo compartimos con otros mamíferos y reptiles y evolucionó hace varios cientos de millones de años. “MacLean ha demostrado que el

complejo R desempeña un papel importante en la conducta agresiva, la territorialidad, los actos rituales y el establecimiento de jerarquías sociales" [Sagan, 1986]. Así que cuando alguien dice "¡No seas animal!" o "¡Es una bestia!" hay algo de verdad en lo que dice. Pero, como aclara MacLean, no se puede tomar de modo aislado el funcionamiento de esta parte del cerebro. No es posible hablar de una especie de fatalismo al expresar que un hombre actuó solamente a partir de su complejo reptílico, sin acceso a las demás funciones localizadas en otras partes del cerebro. Hay que recordar que según el mismo Sagan, y la metáfora del cerebro triuno, las emociones fuertes, las pasiones, el sufrimiento, las enfermedades mentales, se encuentran en el sistema límbico (lo que distingue a los mamíferos en términos evolutivos) y no en el complejo reptílico (sede de la agresividad, territorialidad, jerarquización y sexualidad meramente reproductiva), más bien predecible, rutinario, personaje gris, burócrata, poco conquistador y menos, visionario, que se deja guiar por sus instintos y no se complica la vida. "En el sistema límbico se gestan las emociones intensas o singularmente vívidas, circunstancia que amplía de inmediato nuestra perspectiva acerca de la mente del reptil, en cuanto que ésta no viene caracterizada por indómitas pasiones ni calamitosas contradicciones, sino más bien por una dócil y torpe aquiescencia al modelo de conducta que le dictan sus genes y cerebro..." [Sagan, 1980].



Sagan 95

Sagan dice que es sorprendente cuánto de nuestro comportamiento —a diferencia de lo que decimos y pensamos del mismo— se puede describir en términos reptílicos. "Hablamos comúnmente de un asesino 'de sangre fría'. El consejo de Maquiavelo a su Príncipe fue 'adoptar con plena conciencia a la bestia'" [Sagan, 1986]. Sin embargo, para hablar del comportamiento reptílico en nuestras sociedades, Sagan siente que caracteriza sobre todo al comportamiento humano burocrático y político. Con ironía y sentido del humor Sagan se pregunta sobre el futuro del hombre, si realmente el complejo reptílico domina nuestra política y burocracias. En nuestro medio, dinosaurios y tecnócratas son maneras de nombrar a dos generaciones de una misma especie. Si en algún momento dado, y según nuestras mitologías imperantes, visualizamos a Lecter como un monstruo surgido del complejo reptílico, la respuesta de Sagan sirve igual para restarle cualquier inevitabilidad al personaje del caníbal, así como también cualquier inevitabilidad a cierto modo de organizarse socialmente y de obrar políticamente. Agreguemos que con relación a *El silencio* (...) estamos ante un personaje, una ficción, y no ante el estudio real de una persona que es un multiasesino.

Si la conducta burocrática está esencialmente regulada por el complejo R, ¿significa esto que no hay esperanza para el futuro humano? En el hombre, el neocórtex representa alrededor del 85% del cerebro, lo que refleja en cierta medida su importancia comparada con el cerebro posterior, el complejo R y el sistema límbico. Tanto la neuroanatomía, como la historia política y la propia introspección ofrecen pruebas de que el

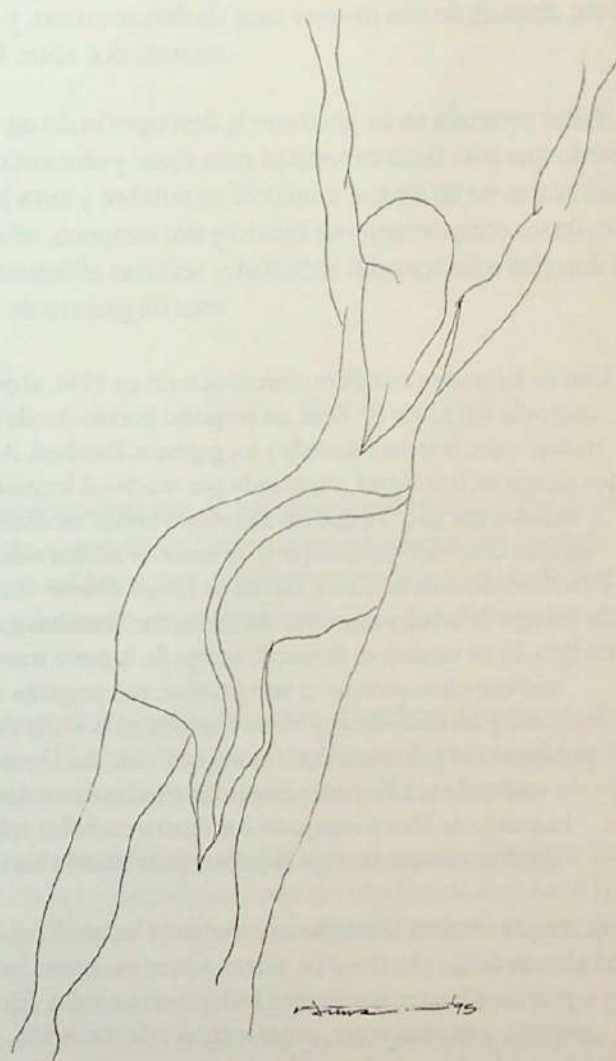
ser humano es perfectamente capaz de resistir el apremio de ceder a los impulsos emanados del cerebro del reptil. Es precisamente nuestra adaptabilidad y largo proceso de maduración lo que impide que aceptemos servilmente las pautas de conducta genéticamente programadas de que somos portadores, y ello de forma más manifiesta que en las restantes especies. Pero, si bien el cerebro trino constituye un buen modelo del comportamiento del hombre, no podemos ignorar el componente reptílico de la naturaleza humana, sobre todo en lo que atañe a los actos rituales y jerárquicos [Sagan, 1986].

Lage le critica a Lorenz que su visión excluye la política y la etnología. Se pregunta si alguien tiene derecho, partiendo de ciertos razonamientos, inevitables a veces, de postular una identidad funcional, incluso fisiológica, porque constató algunos parecidos exteriores.

Este tipo de actuaciones pseudocientíficas invaden, cada vez más, el estudio de los rituales, de la comunicación, del lenguaje. Para algunos, el deslizamiento se articula muy fácilmente con el ejemplo de los pueblos denominados primitivos. Es primitivo todo aquello que no es Occidental, salvo algunas excepciones. Y el hombre primitivo está tan cerca de lo animal, que esta evidencia no admite discusión. No plantea ninguna duda en el espíritu del hombre Occidental que tiene la pretensión de ser el hombre universal. ¿No es él, acaso, quien crea la ciencia? Para K. Lorenz, no hay más que una estética y una ética, la propia, y además, biológicamente fundada! [Lage, 1980].

Lecter es, sin embargo, Occidental de pies a cabeza. La culpa, la fatiga, el hastío y quizá un asco de nosotros mismos señala que el vecino, y no el hombre perteneciente a una cultura y lenguas distintas, es el bárbaro. Resulta imposible que cualquier espectador de *El silencio* (...) se crea éticamente superior, menos dado a la barbarie, a lo irracional, al exceso, que cualquier otro hombre perteneciente a un pueblo distinto al suyo. Al contrario, cierto comportamiento parece siempre el mismo sin importar el momento o el lugar de su aparición. Se vuelve una constante, igualmente inexplicable y extraña, de una época a otra, de un lugar a otro y por lo mismo hacemos comparaciones, tomando en cuenta lo común sólo en la superficie, sin importarnos las características propias y específicas de cada suceso.

Lecter nos mira como un animal. O eso quisiéramos creer. La verdad es que nos mira como sólo puede mirarnos un hombre. Lo que nos aterra es cuando vemos a un hombre actuar como leopardo con otros hombres. Igualmente inquietante sería ver a un leopardo



relacionarse con otro leopardo como si fuera una víctima y no un miembro de su propia especie. Estudia a la detective, la huele, la observa silenciosamente, conociéndola. Parece que la oye pensar para participar de sus recuerdos, temores, anhelos. La motivación de Lecter en gran parte de la película es descifrar el pensamiento de la detective; la respeta justo por su falta de transparencia. Es un enigma. Su belleza y su

sensibilidad no corresponde con el papel que está desempeñando. ¿A qué se debe la curiosidad de Lecter? Su excitación, ¿a qué se debe? ¿Mezcla de terror y atracción sexual? El razonamiento y la premeditación del doctor Lecter, más la perversidad de su observación, no son característicos del reino animal sino atributos humanos.

Jean-Pierre Hallet en su libro *Animal Kitabu* no muestra menos amor por los hombres que por los animales. Después de platicar del leopardo, y de lo extraño que es que uno de estos felinos ataque al hombre —sólo hay que asustarlo con un “ibu!” como hacen los pigmeos o gritarle, como también hacen los pigmeos, “¡Lárgate, abuelo!”— Hallet habla de las excepciones, de los leopardos come-hombres. Incluye un comentario que hace el coronel Jim Corbett, gran cazador a quien le es pedido que siga y le de muerte al famoso come-hombres de Rudraprayag, quizá el animal más notorio y temido por el hombre en la historia, y no sin razón, ya que mató a 125 personas, a veces arrastrando los cuerpos de sus víctimas hasta cuatro millas:

Aquí estaba un viejo leopardo, que se diferenciaba de otros de su especie en que su hocico era gris y sus labios carecían de bigotes; el más odiado y temido animal en toda la India, cuyo único crimen — no contra las leyes de la naturaleza, sino contra las leyes del hombre — era haber derramado sangre humana, sin afán de aterrorizar al hombre, sino sólo con el fin de poder vivir. . . [Hallet, 1967].**

Colbett, después de una intensa caza de diez semanas, y de haber perseguido al leopardo periódicamente durante dos años, finalmente logró matarlo el dos de mayo de 1926.

Hallet continúa en su libro con la descripción de un fenómeno mucho más extraño que el de un viejo leopardo que sólo tiene capacidad para cazar y alimentarse de niños y mujeres: cuando el hombre escoge disfrazarse de un animal e invocar su nombre y aura para aterrorizar y tomar vidas humanas. Sin hablar en absoluto de un comportamiento innato y sin, tampoco, ofrecer una explicación sociológica o antropológica, Hallet describe a las notorias sociedades secretas africanas de Hombres Leopardo. Quisiera citar completo este fragmento de su libro ya que me parece un excelente narrador.

Uno de los peores estallidos *Anyoto* ocurrió en 1934, al oeste del Lago Edward en la franja oriental del Ituri, centrada alrededor de Beni, un pequeño pueblo donde pasé los primeros seis años de mi niñez y más tarde trabajé entre la tribu Banande y los pigmeos Bambutu. Aquí los Hombres Leopardo asesinaron a cuarenta y dos nativos en tres meses, superando por mucho al leopardo Rudraprayag que había promediado sólo quince víctimas por año. Ya que sus métodos y armas estaban modelados de acuerdo con los de su sobrenombre, seguido era difícil determinar si las muertes habían sido realmente causadas por un leopardo o un hombre. Describiendo esos métodos, escribí en *Congo Kitabu*: “Los *Anyoto* se disfrazaban grotescamente con túnicas de corteza de árbol y capuchas marcadas con manchas y anillos negros para asemejar la piel de un leopardo. La cola de un verdadero leopardo cuelga de la parte trasera del Hombre Leopardo, unida a un cinturón que sostiene otros accesorios importantes: una pequeña vasija de barro, un palo tallado en forma de pata de leopardo y un cuchillo muy filoso. Soplaban en la vasija de barro para imitar el apagado rugido del leopardo, presionaba el palo en la tierra suave que rodeaba el cuerpo de su víctima para copiar la huella del animal y usaba el cuchillo para romper las arterias carótidas. La última y más característica herramienta era un brazalete de hierro equipado con cuatro cuchillos colgantes: cuando su mano estaba extendida, las hojas estaban escondidas bajo la palma, pero cuando hacía un puño se proyectaban entre los dedos doblados — como las garras de un leopardo.

“Los *Anyoto* cazaban al anochecer, rondando los senderos del bosque o tomando por sorpresa a sus víctimas a las afueras de los plantíos y las aldeas. Como sus prototipos animales, casi nunca intentaban matar a hombres jóvenes y fuertes que podían luchar por sus vidas. En su lugar, cazaban a ancianos, niños y, en especial, a mujeres, y muchas veces, como requisito de iniciación, asesinaban a sus parientes cercanos. Al igual que el leopardo, los *Anyoto* tomaban a sus presas de atrás, acuchillándolas con increíble furia. Pero luego solían delatarse. . . les cortaban los senos a sus víctimas femeninas.

“A veces llevaban los senos cercenados al líder *Anyoto* local como prueba de un homicidio exitoso; a veces se los comían. Como toque final, los Hombres Leopardo muchas veces arrancaban los ojos de su presa para usarlos para hacer *dawa* o medicina ritual: eran cocinados a fuego lento en una olla junto con los cuchillos-garras, y los *Anyoto* bebían el resultante revoltijo, convencidos de que el espeluznante procedimiento

les daba el poder para ver en la oscuridad. Luego amanecía, y como los hombres lobo de la leyenda europea, los Hombres Leopardo seguían tranquilamente con sus quehaceres —sonrientes, corteses, incluso amables.”

Casi veinte años después de los asesinatos masivos en Beni, hablé con varios miembros de la tribu Babali encarcelados como cómplices en otra ola de asesinatos de los Hombres Leopardo.

Aparte de su resentimiento y orgullo herido por haber sido descubiertos, ninguno de ellos manifestó muestra alguna de conciencia. Uno, un hombre acusado de haber asesinado, mutilado y parcialmente comido a su propia hermana, explicó, “Si todos creen que lo hizo un leopardo, el gato es el culpable y no el hombre.”

Parece que, como come-hombres, Chui [el leopardo] tiene mucho que aprender. [Hallet, 1967].**

Marvin Harris, antropólogo estadounidense, buscaría descubrir las causas materiales que se ocultan tras la aparente irracionalidad del comportamiento de los Hombres Leopardo. Buscaría explicarlo como parte de la adaptación de la tribu Babali a su entorno. “Como demostraré, las culturas en general se han desarrollado a lo largo de sendas paralelas y convergentes que son

sumamente previsibles a partir de un conocimiento de los procesos de producción, reproducción, intensificación y agotamiento. (...) Se me puede acusar de intentar encarcelar al espíritu humano dentro de un sistema cerrado de relaciones mecánicas. Pero mi intención es exactamente la contraria. El hecho de que una forma ciega de determinismo haya gobernado el pasado no significa que deba gobernar el futuro [Harris, 1978].

Ignoro cuál sería el resultado de su visión y metodología aplicadas a los Hombres Leopardo. Quisiera, sin embargo, incluir una de sus reflexiones de su libro *Vacas, cerdos, guerras y brujas* para terminar este capítulo, segundo sobre la relación entre los hombres y los animales en este ensayo.

Es justo el aspecto de amoralidad, de falta de responsabilidad y de culpa en el asesino Hombre Leopardo lo que me interesa subrayar en la narración de Hallet y emparentar con el comentario que hace Harris en su capítulo titulado “El retorno de las brujas”, del libro ya mencionado, sobre el aspecto de amoralidad de la contracultura, que tiene como uno de sus héroes más populares a don Juan, indio yaqui y “hombre de conocimiento” en los libros de Carlos Castaneda. La contracultura ha vuelto a hacer plausible la omnipotencia del pensamiento. *El silencio* (...) tiene mucho de pensamiento mágico, o de elementos mágicos, buscados y temidos. El culto a lo irracional, a lo espontáneo, a una inteligencia intuitiva y asociativa superior y peleada con la lógica, la racionalidad, el análisis y los principios; el colocar la conciencia en el centro de todo y creer que con cambiarla se cambia la realidad y la historia; el buscar descubrir las potencialidades inexploradas de la mente y otorgarle el mismo valor a la vivencia imaginada como a la vivencia como suceso tanto externo como interno y de ahí deducir que “la gente es lo que acontece en sus



mentales"; el rechazo al *status quo* con todas sus estructuras de poder, económicas y de autoridad; el querer obtener un estado iluminado como la Conciencia III (o cualquier otra gnosis); el celebrar la vida supuestamente natural y supuestamente no material de los pueblos primitivos y conocer los estados alterados para poder "vagar entre los poderes ocultos del universo". . . ; esto, y mucho más, es parte de la herencia estadounidense de la contracultura de los años sesenta y setenta (y del surrealismo, y del romanticismo. . . ; por otra parte, no es algo ajeno a otros momentos de la historia de Occidente.) Harris muestra cómo, para él, y de modo parecido a lo ocurrido con la Inquisición, la Conciencia III (una de las expresiones de la contracultura) "presenta todos los síntomas clásicos de la elaboración onírica de un estilo de vida cuya función social es disolver y fragmentar las energías de la disensión" [Harris, 1978]. En una sociedad dominada por modos de producción e intercambio injustos, la contracultura se ofreció como una corriente humanizadora, basada en el amor y la comunidad, donde la imaginación, comprensión y tolerancia, y el hombre completo, tuvieran cabida. En cambio, se oscureció y distorsionó la naturaleza del sistema social, lo cual sólo sirvió para fortalecerlo y prolongarlo. Pero, además de las numerosas contradicciones que indica Harris entre la idea que tenía la contracultura de sí misma y lo que logró, hay una que me interesa de modo especial por su relación con la amoralidad de Lecter. Don Juan, héroe popular del movimiento cuyo lema era "amor y paz",

sólo puede ser descrito como amoral. Tal vez sepa como "vagar entre los poderes ocultos del universo", pero no le preocupa la diferencia entre el bien y el mal en el sentido de la moralidad occidental tradicional. Sus enseñanzas están, de hecho, desprovistas de "sensibilidad moral". (. . .) Para muchos de los miembros de la contracultura, el producto moralmente más degenerado de la concepción científica del mundo es el tecnócrata: el técnico despiadado, inescrutable, entregado al conocimiento especializado, pero indiferente en lo que respecta a quién lo utiliza y para qué fin. Sin embargo, Don Juan es precisamente uno de estos tecnócratas. El conocimiento que él imparte a Castaneda no lleva ninguna connotación moral. La principal preocupación de Castaneda al convertirse en un "hombre de conocimiento" es evitar tomar algo que lo ponga en órbita de un modo permanente. En cuanto a la preocupación moral sobre cómo han de aplicarse los poderes extraordinarios de Don Juan, Castaneda podía también haber aprendido a pilotar un B-52. Su relación con Don Juan se revela un erial moral en el que la tecnología constituye el bien supremo, incluso si él y su maestro comen "botones" en vez de apretarlos.

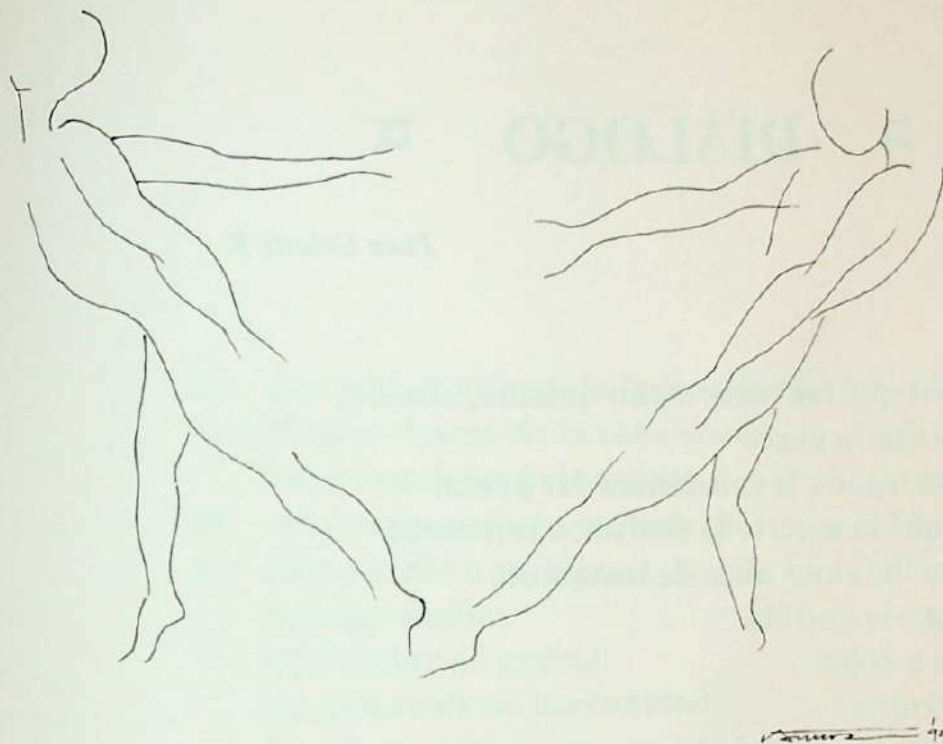
Sostengo que es totalmente imposible subvertir el conocimiento objetivo sin subvertir la base de los juicios morales. Si no podemos saber con certeza razonable quién hizo qué cosa, cuándo y dónde, no podemos esperar proporcionar una descripción moral de nosotros mismos. Si no somos capaces de distinguir entre el criminal y la víctima, el rico y el pobre, el explotador y el explotado, debemos defender la suspensión total de los juicios morales, o adoptar la posición inquisitorial y considerar responsable a la gente de lo que hace en los sueños de los demás. [Harris, 1978]

El comportamiento "bestial" finalmente es humano. Tiene que ver con la amoralidad y con la búsqueda del poder. En la pelea de gallos, el animal se ha acercado al hombre: jamás portaría navajas en su estado natural, está en un espacio delimitado que cancela la posibilidad de huida y la lucha se radicaliza, un gran número de espectadores humanos rodean a los dos gallos, gritando y gesticulando; los amos les arrancan plumas del pecho, o les exponen el culo y los testículos a los picotazos del otro para enfurecerlos; así que cuando Ricardo Garibay entrevista a Luis Strempler y éste dice:

— Hay que ver como al enfrentarse suben, aleteando y acometiéndose, hasta metro y medio, y muchas veces uno de los gallos cae muerto ya. El combate ha durado unos cuantos segundos. Y el énfasis del triunfo, que es casi espantoso: yo he visto gallo que viendo muerto al enemigo, lo viola y canta después de violarlo. Eso es la violencia hasta su última posibilidad. Eso lo trae de nación la pequeña y hermosa y terrible bestia, pero además lo educas, lo adiestras si quieres un campeón (. . .)

Uno no sabe hasta qué grado este comportamiento es del gallo y hasta qué grado es del hombre que se expresa mediante el ave. Strempler describe el adiestramiento y luego dice:

— ¡Y ya lo tienes! Ora ponle un rival que le dé el kilo. Y miralo matar y morir. (. . .)
 — Es un salvajismo crudelísimo — dice Garibay —, atroz.
 — Sí, pero es la vida — dice Strempler [Garibay, 1993].



Hay muchas maneras, por lo visto, de emparentarse con los animales o de, en ocasiones, buscar establecer un parentesco inexistente o ilegítimo. Imito al leopardo y actúo como él jamás lo haría, pretendo que actúo por instinto y falta de libertad cuando la imitación de otro que no soy yo ya muestra que tengo posibilidad de elegir. La imagen, en este caso, además de teológica, biológica, del hombre como suma de toda la creación, como portador en sí de las distintas especies animales, literalmente incorporándolas pero siempre mayor a las partes, podría ser otra manera de entender el fragmento del Génesis en el

que el hombre nombra a las criaturas. Imagen, también, de la única relación posible entre el hombre y los animales. Ellos también comparten cosas nuestras, y desde ahí nos nombran. El cariño de un perro nos dice:

“Acuérdate, eres hombre”. La creación, mediante sus criaturas, también nos susurra lo mismo. Visión antropocéntrica que para muchos nos ha llevado al ecocidio; para mí lo contrario es lo cierto: el ecocidio es fruto de un rechazo gnóstico de la creación, del hombre que no se asume como cabeza.

En *El silencio* (. . .) y, según lo anterior, la mayoría de los personajes son tecnócratas; se busca el conocimiento preciso —¿especializado?— para lograr un fin: capturar al desollador de mujeres. A Lecter —como el gurú o chamán— se le pide que comparta su conocimiento. El argumento y el procedimiento no es moral. Se obra mediante la seducción. Clarice es un señuelo; también es un discípulo. Lecter conoce lo que otros hombres no conocen. ¿Por qué acepta jugar? ¿Por vanidad de taumaturgo, de vidente, por vislumbrar mayores posibilidades de escapatoria, por la atracción que ejerce Clarice? No lo sabemos, pero sí queda manifiesto que la comparación entre los animales y el hombre tiene como primer finalidad entender al segundo •

Chihuahua, diciembre de 1993

* Estos dos capítulos —el 1 y el 5— pertenecen al ensayo *¿Por qué aterra Lecter?* que será publicado próximamente por *Ixtus*. El libro es una reflexión sobre la película *El silencio de los inocentes* y, en especial, sobre el personaje de Lecter. Algunos capítulos han sido publicados en otras revistas: el 3, “Regiones de semejanza”, en *La Gaceta*; el 4, “Lecter tras bambalinas”, en *La Colmena*; el 6, “La huida”, y el 2, “Lo que viene”, en *Castálida*, y el 7, “Arte y espiritualidad”, en *Ixtus*.

** La traducción del inglés es mía.

GARIBAY, Ricardo (1993), “Luis Strempler (III). El artista”, en proceso, 855, 22 de marzo, 1993.

HALLET, Jean-Pierre (1967), *Animal Kitabu*, Greenwich, Fawcett Publications, 1967.

HARRIS, Marvin (1978), *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, México, Alianza Editorial, 1989.

LAGE, Elizabeth (1980), “El pecado capital de la etología: K. Lorenz”, en *Discurso biológico y orden social*, México, Nueva Imagen, 1980.

LORENZ, Konrad Z. (1972), *Kings Solomon's Ring*, Nueva York, New American Library, 1972.

SAGAN, Carl (1986), *Los dragones del Edén*, México, Ed. Grijalbo, 1984.

STEINER, George (1970), *La muerte de la tragedia*, Caracas, Monte Ávila editores, 1970.